

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 19. — N° 3947

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

El palacio de Villegenis; grabado. — La Dama de noche. — Desórdenes en Nápoles; grabado. — Concierto dado por los orfeonistas de Francia en el palacio de Sydenham; grabado. — Concurso general y nacional de agricultura en Paris; grabados. — Revista de Paris. —

La cita. — Letrilla. — El principe Gerónimo Napoleon; grabados. — La novela. — Cuentos fantásticos. — Sicilia; grabados. — Buques franceses delante de Nápoles; grabado. — La heroína de Catania; grabados. — Estudios filológicos. — Boletín científico. — Representacion de la entrada de Francisco de Anjou en Amberes; grabado. — Sport de la Carmen en Marsella; grabado.

## LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

Por una pequeña rotura del papel entraba un azulado rayo del sol que venia á apoyarse sobre la cubierta



EL PALACIO DE VILLEGENIS, DONDE FALLECIÓ S. A. I. EL PRÍNCIPE GERÓNIMO NAPOLEÓN EL 24 DE JUNIO DE 1860.

de mi lecho, marcando en ella una pequeña area dorada.

Frente á mí habia una puerta cubierta con una cortina blanca.

Cuando volví en mí estaba sola, y tuve tiempo antes de que nadie entrase de apreciar todos los objetos que me rodeaban, hasta sus mas pequeños detalles.

Un dolor apagado, por decirlo así, lento, pesado, que sentí en la cabeza me hizo llevarme las manos á ella. Mi cabeza estaba vendada.

Poco despues lo recordé todo.

Todo lo que habia visto y oido desde que bebí la *as-hilla*.

Entonces sentí todo el horror de aquellos sucesos y lancé un grito.

## CXLIII.

A causa sin duda de aquel grito dejé de estar sola.

Una jóven muy linda y de muy pocos años con el traje de las pescadoras de Cuba entró inmediatamente.

Al verme incorporada en la cama, su moreno semblante se iluminó con una viva expresion de alegría, y se volvió como para ir á anunciarme mi vuelta en mí.

Yo sentia una viva impaciencia por preguntar, por saber, por determinar si el recuerdo que me aterraba habia sido un sueño, y la hice señas de que se acercase.

La niña adelantó.

— ¿Dónde estoy? la dije.

— En mi casa, señora, me contestó entre turbada y alegre: es decir, en la casa de mi padre: nosotros, señora, somos pescadores.

— ¿Esta casa está cerca del mar?

— Cuando los temporales son fuertes la resaca llega muchas veces hasta nuestra puerta.

— ¿Ha naufragado en esta playa algun buque?

— Sí, señora: hace tres dias.

— ¡Tres dias! ¿es decir que he estado tres dias sin conocimiento!

— ¡Oh! ¡sí, señora! ¡como muerta! ¡enterrada!

— ¡Enterrada! exclamé con un terror instintivo.

— Es decir: lo que se llama enterrada no, contestó con embarazo la jóven, pero parecia la señora tan muerta como los que se entierran.

— Y dime, la pregunté: ¿han perecido todos los que venian á bordo de la fragata?

— Todos, sí, señora: todos menos uno, contestó tristemente la jóven: fué uno muy grande.

— ¿Y no se ha salvado una negra jóven y hermosa, muy hermosa, que tenia un vestido blanco, y pendientes y pulseras de corales?

— ¡Ay, no, señora! esa pobre negra ha muerto: se la encontró entre las rocas, donde se han encontrado algunos marineros ahogados tambien: pero yo he oido decir á mi padre, que se lo decía muy bajo á mi madre: oye, Marta: yo creo que la negra que hemos enterrado allá arriba donde estuvo enterrada la otra, no ha muerto ahogada por el mar, sino ahogada por las manos de un hombre: yo retuve esto: tenia en el cuello señales de dedos, señales ensangrentadas.

Cuando oí esta noticia que la fatalidad me daba por medio de una niña, sentí correr por mi frente un sudor helado, un sudor de muerte.

Lo que yo habia creído un sueño era una horrible verdad.

No pregunté mas acerca de esto á la niña, y procuré informarme de quién era la persona que se habia salvado.

A las primeras palabras de la jóven pescadora comprendí que el hombre que se habia salvado era el marqués.

El infierno no habia querido recoger todavía su presa.

## CXLIV.

Estaba gravemente herida en la cabeza.

Al deshacerse el buque ó al ser arrastrada por las olas contra las rocas, debí recibir aquella herida.

De ella provenia el dolor lento, pesado, que sentia en la cabeza.

Durante algunos dias estuve entre la vida y la muerte.

Durante un mes no pude abandonar el lecho.

Cuando le dejé estaba flaca, pálida, débil: apenas podia sostenerme en pié.

Mi espíritu estaba mas postrado que mi cuerpo.

Todo lo que me rodeaba tenia para mí un color lúgubre, fantástico.

Me parecia un sueño mi vida; pero un sueño fatigoso, un sueño de sufrimiento, de penas.

Recordaba continuamente y como unidos por un lazo fatal los dos crímenes que á mi vista habia cometido el marqués.

El un crimen le habia ocultado el fuego.

El otro crimen el agua.

Habia momentos en que creia aspirar el humo denso, acre, sofocante de un incendio.

Que entre aquel incendio chirriaba la carne de un hombre asesinado.

Otras veces creia escuchar el mugido del viento, los bramidos del mar, el estridor del trueno, y entre estos estruendos pujantes, gemidos ahogados al par que rugidos sordos.

Brillaba en mis ojos deslumbrándolos la luz del relámpago, y sentia una horrible opresion en mi garganta como si la oprimieran despiadadamente.

Y siempre que esto sucedia me llevaba instintiva-

mente las manos al cuello, como pretendiendo librarme de aquella agonía.

## CXLV.

Durante mi dolencia no ví nunca al marqués.

Supe, porque me lo dijeron, que despues de haberle asegurado los médicos que habian venido de la ciudad por su orden, de que mi vida no corria peligro, el marqués habia marchado á la ciudad, distante algunas leguas del pueblecillo pescador donde me habia dejado.

Por lo que comprendí, aquellas buenas gentes me creian parienta próxima del marqués.

Nada sin embargo me preguntaron.

Cuidaban de mí con un afecto que no olvidaré jamás.

## CXLVI.

Y sin embargo, yo notaba que aquellas gentes sencillas sentian hácia mí algo de respeto supersticioso.

Algunas veces les oia decir:

— Ha sido un milagro, un milagro de Nuestra Santa Patrona la Virgen de los Dolores.

## CXLVII.

Creí que debia interrumpir á Margarita.

— El mismo terror que sentian aquellas gentes, la dije, he sentido yo despues de haberla conocido á Vd., al poseer ese admirable retrato.

— ¿Y porqué ha sentido Vd. ese terror?

— Ignoraba si era Vd. un ser como todos los demás ó una excepcion milagrosa: es decir, una muerta resucitada.

— ¡Una muerta resucitada!

— Sí, sí, señora: y lo va Vd. á comprender por una lectura: aun nos queda tiempo; son las cuatro, hasta las seis y media no amanece.

Me levanté, abrí mi secreter, saqué de él las Memorias de Pablo, y vine con ellas á sentarme frente á Margarita.

— Escúcheme Vd., la dije.

Y la leí todo el pasaje referente á la tempestad que habia arrojado á Margarita aparentemente muerta sobre las rocas, la noche pasada por Pablo junto á ella, el amor desesperado de Pablo hácia ella creyéndola muerta.

Pero cuando llegué á los funerales, al entierro, Margarita me interrumpió pálida y aterrada:

— ¡Ah! ya comprendo, exclamó, el terror de aquellas gentes: ¡enterrada viva! ¡qué horror! ¡yo he estado enterrada! ¡de modo que, si el marqués hubiera perecido, yo hubiera vuelto de mi letargo dentro de una sepultura! ¡Ah! ¡ya sé, ya sé porqué cuando me hice llevar á la cumbre de la roca donde estaba sepultada Rosalia, ya sé porqué los que me acompañaban estaban pálidos como difuntos! ¡Dios mio!

— Todo eso ha pasado, la dije: todo eso ha sido un sueño, una pesadilla horrible: está Vd. delante de mí que la amo...

— ¡Oh! ¡sí! su amor de Vd. es lo único que puede darme valor. Sí, estoy decidida á tomar un partido. Pero para tomar ese partido necesito que Vd. no pueda dudar de mí.

— No dudo.

— No: no me basta la fe de Vd., necesito probarle...

— Lo sé todo, lo comprendo todo, lo adivino todo.

— Tal vez no.

— Sí: me basta con lo que Vd. me ha referido, que me explica perfectamente lo que he visto.

— Y... ¿qué ha visto Vd.?

— He visto que se vale Vd. de los remordimientos del marqués para defenderse de él.

— ¡Ah! ¡no comprendo!...

— Esta mañana... en la quinta del marqués... cantaba Vd. al piano, tranquila, desnuda... creyéndose sola. De repente se levantó una cortina y apareció un hombre horrible, que la contempló á Vd. en silencio, pero con ansiedad, con la expresion horrible de un deseo por largo tiempo contrariado y nunca satisfecho. De improviso aquel hombre adelantó hácia Vd. demudado, loco, jadeante; y Vd. que le habia visto se puso de pié y esperó á aquel hombre, llevándose la mano al cuello como si hubiera Vd. querido estrangularse. Entonces aquel horrible hombre se asió con ambas manos la cabeza y huyó dando gritos espantosos.

— Pero... pero ¿cómo ha podido Vd. ver eso? me dijo anhelante Margarita.

— Desde el comedor de la quinta donde nos encontrábamos Luis y yo, oímos una voz admirable, acompañada de un piano admirablemente tocado...

— ¡Ah!

— Luis se levantó y subió por unas escaleras: yo le seguí: Luis y yo nos detuvimos junto á una puerta cubierta con una coladura de terciopelo, y la vimos á Vd. en su gabinete, antes de que apareciese el marqués.

— Si, es verdad: me basta con ponerme la mano en el cuello para hacer huir al marqués aterrado. El marqués está loco: Dios le ha castigado de una manera terrible, supliendo el castigo que no ha podido imponerle la justicia de los hombres porque ignora sus crímenes. Dios ha querido librarme de un nuevo crimen del marqués ejercido sobre mí: Dios me proveyó de una defensa poderosa, infalible, descubierta por mí por una venturosa casualidad. El marqués habia vuelto de la Habana, á donde habia ido para fletar un buque de vapor, á fin de emprender de nuevo nuestro viaje á Eu-

ropa. Cuando volvió el marqués ya estaba yo completamente restablecida: una tarde que estaba sola con el marqués, su vista que era cada dia mas odiosa, mas repugnante, produjo en mí una de aquellas fascinaciones terribles, en que me creia sofocada, ahogada por una mano infame. Llevé naturalmente la mano á mi cuello... y entonces ví que la mirada del marqués se extraviaba, que su semblante se ponía lívido: despues dió un horrible grito y huyó: la repeticion intencionada algunos dias despues del mismo ademán me demostró que habia encontrado un medio terrible pero fácil de defenderme del marqués: desde entonces vivo segura á su lado.

Voy á concluir la historia de mi vida, Andrés: de esta vida de sufrimientos y de terrores que yo no he provocado.

Ya por aquel tiempo, como ahora, el marqués á la llegada de la noche se encerraba en un aposento aislado, y no permitia que le pusiesen luz: yo temerosa de ser aletargada de nuevo, no comia ni bebia nada sino despues de que el marqués se habia encerrado por la noche: ese mismo sistema sigo ahora: la dolencia del marqués y mi influencia sobre él han hecho que su servidumbre atiende mas á mi voluntad que á la suya.

Yo soy en su casa el poder absoluto: mientras está en el uso de su razon, durante el dia, yo soy como siempre la mujer secuestrada, guardada, apartada de la vista de todo el mundo; pero cuando llega la noche soy libre: como, y despues de comer, M. Rouget manda poner un carruaje, y salgo, vengo á Madrid, á mi casa, porque yo tengo casa en Madrid: una hermosa casa: allí mis doncellas, que no saben dónde paso el dia, me visitan, y siempre llevo tarde al teatro, donde M. Rouget me toma periódicamente un abono: las noches hermosas paseo sola, ya por los jardines de la Cuesta de la Vega, ya por los sotos del Manzanares. Esto ha producido sin duda el que se me llame la Dama de Noche, y aseguro á Vd., Andrés, que estoy seriamente cansada de ser una dama nocturna, y quiero ser dama de dia y de noche, de todas las horas, de todos los momentos.

— Pues bien, la dije: no vuelva Vd. á esa maldita quinta, y puesto que tiene Vd. casa en Madrid...

— Sí: el marqués es riquísimo, dispongo de su fortuna como si fuese mia y lo puedo todo, menos dejar de habitar durante el dia al lado del marqués.

— ¿Teme Vd. verse privada de esas inmensas riquezas?

— ¡Ah! no: estoy cansada del fausto: le sostengo por costumbre: sedienta de amor y de ternura, yo cambiaria mi hermosa casa, mis alhajas, mis trenes, por una posicion modesta, al lado de un hombre querido... de un esposo adorado... de Vd...

— Yo soy rico...

— No hablemos de eso: le amaria á Vd. del mismo modo si fuese Vd. pobre: pero mi amor no pasaria de ser un afecto profundo, inextinguible, doloroso, no pudiendo ser esposa de Vd., y no puedo serlo.

— ¿Y porqué?

— Porque... ¿sé yo quién soy? ¿dónde he nacido? ¿quiénes fueron mis padres? Todo lo ignoro. ¿Cómo casarme, sin los documentos necesarios, no conociéndome nadie?... y aunque esto pudiera salvarse por medio de procedimientos enojosos que darian que contar á las gentes, yo no me expondré jamás á que un hijo mio se sonroje por la falta de sus abuelos maternos.

— ¿Pero no dice Vd. que el marqués sabe?...

— ¿Y quién arranca su secreto al marqués?

— ¿Es decir?...

— Que nuestro amor nace sentenciado al martirio, obligado á consolarse con una dudosa esperanza. Si usted no tiene valor para acompañarme en ese doloroso camino, separémonos, no nos volvamos á ver: acostumbrada al sufrimiento, nada podrá apartarme de la senda de dignidad que me he trazado: yo necesitaba amar y he amado á la primera impresion, por una causa misteriosa que está fuera del alcance de mi razon. Hace poco mas de veinte y cuatro horas que nos conocemos, y lo que entre nosotros ha sucedido, basta para que no nos olvidemos: yo le conocia á Vd. por sus versos, y mi alma habia deseado conocer al poeta, le habia amado antes de conocerle. A no amar á Vd. no hubiera amado nunca: yo ansiaba un alma semejante á la mia, un alma que no esperaba encontrar sobre la tierra. Pero la he encontrado, mi alma se ha unido á esa alma, y no se separará de ella. He pronunciado mi última palabra: hágame Vd. el favor de mandar á sus criados que me lleven á casa.

— ¿A la quinta?

— No: á mi casa de Madrid: calle de Alcalá, número 170, principal.

— Y... ¿puedo ir á verla á Vd. esta noche?...

— ¡A las doce!...

No me atreví á insistir. Margarita ejercia sobre mí un dominio absoluto. Se puso su abrigo, se echó sobre el rostro el velo de su sombrero, y me dijo:

— Guieme Vd.

Yo abrí las puertas, la di el brazo y la acompañé hasta abajo.

Juan y Pedro estaban en el portal sentados junto á un brasero.

El carruaje en la calle delante de la puerta. Abrió yo mismo la portezuela, y Margarita entró.

— Hasta la noche, me dijo.

— Hasta la noche, la contesté.

— A las doce, repitió ella. Alcalá, 170.

Estas señas fueron á un mismo tiempo un recuerdo

para mí y una orden para Pedro que había subido al pescante.

Cerré la portezuela y el carruaje partió.  
Yo me quedé en la puerta sintiéndole alejarse.  
Cuando se perdió entre el silencio el ruido de las ruedas, otro ruido rasgó de nuevo aquel silencio.  
Era la campana de la parroquia de San Andrés, que tocaba á esa poética misa matutina que se celebra una hora antes del día.  
Aquella campana me hizo concebir una idea súbita.  
Subí, tomé un abrigo, y solo y á pié me puse en marcha hácia la parroquia de Santa María.

CXLVIII.

En el altar de una capilla oscura se celebraba una misa, que concluía.

Oíase, grave, llena de unción la voz del anciano celebrante, y la fresca y sonora voz del monaguillo que ayudaba la misa.

Tres ó cuatro personas únicamente oían aquella misa. Yo pasé y entré en la sacristía, donde esperé. Poco despues el celebrante entró.

Aquel celebrante era el padre Morales.  
Don Eugenio Morales, anciano exclaustro adherido al clero de la parroquia de Santa María, era el excelente sugeto que se había encargado de la pobre Ines, de la hija de Gabriela Galvez de la Roca.

El día anterior el padre Morales me había dicho entre otras cosas, que celebraba todos los días la misa de alba en su parroquia.

Mi amor me llevaba á buscar al padre Morales. Cuando me vió me saludó afectuosamente.

— Necesito de Vd., le dije despues de contestar á su saludo.

— Cuente Vd. conmigo.

— Usted conserva la llave de la casa donde ha muerto la madre de Ines.

— Sí, señor.

— Graves motivos nos aconsejan examinar secretamente los papeles de la difunta antes de que nadie pueda verlos.

— Pues iremos.

— Quisiera que fuese al momento.

— Pues bien, me dijo, vamos á casa; tomaré con recato las llaves y avisaré para que no estén con cuidado.

Poco despues el padre Morales y yo llegábamos á una casa en la inmediata calle del Sacramento.

— Yo espero aquí, dije al exclaustro.

— Hace frio.

— No importa: debemos evitar que nos vean juntos.

— La pobre Ines está enferma.

— No importa.

— Pues bien: salgo al momento.

En efecto, cinco minutos despues el padre Morales y yo nos encaminábamos hácia el barrio extramuros de San Isidro.

CXLIX.

Aun no había amanecido. Nadie nos vió entrar en la casa.

Encendimos fósforos y despues luz en una bugía, y entramos en la que había sido habitacion de Gabriela.

El lecho estaba aun revuelto.

No sabeis cuán terrible es la vista de un lecho en que todavia queda la impresion de un cadáver.

A mí al menos, la vista de aquel lecho me causó una sensacion fuertemente dolorosa.

El padre Morales se conmovió tambien.

— Pobre mujer, dijo: Dios la haya perdonado.

— Dios perdona á su criatura cuando le quita la razon.

— Esa infeliz volvió á su razon antes de morir, y pudo acabar su carrera de la vida como debe desearlo todo cristiano: con las lágrimas del arrepentimiento.

Yo no pregunté nada al confesor.

Pero tenia demasiados antecedentes para no comprender que el padre Morales estaba iniciado en algun grave secreto.

CL.

Fuera de la alcoba en una salita cuadrada, había un secreter antiguo.

Mi vista se clavó ansiosa en aquel secreter donde debía encontrar algo que esclareciese la historia que me había contado Margarita.

Para mí era evidente que el eclesiástico había recibido una revelacion de la moribunda.

Era sencillo, y su conmocion al ver aquel lecho y sus palabras me habían dado á conocer que poseía un secreto de Gabriela.

— ¿Tiene Vd. la llave de este secreter, padre Morales? le pregunté.

— Las traigo todas.

— Necesitamos abrir este mueble.... y necesitamos abrirle cabalmente para que cuando Ines le abra no encuentre algo en el que la sonroje por su madre.

— ¡Cómo! ¿Vd. cree?... dijo el padre Morales mirándome con asombro.

— No creo, pero temo que haya en ese mueble algo que no debe ver Ines.

— Por el contrario, hay un documento que debe serle entregado, segun encargo formal de la difunta. Un documento en que reconoce por hija suya á una niña

que ya debe tener diez y ocho años, y en la cual si alguna vez parece deben encontrarse varias señales.

— ¿Y qué señales son esas? dije con ansiedad pensando en Margarita.

— Eso lo dirá el documento en cuestion.

— Pues veámoslo.

— Ciertamente, caballero, se ha mostrado Vd. tan cristiano y tan bueno con esa desgraciada familia, que tiene Vd. derecho para intervenir en sus negocios. Veamos cuál de estas llaves es la de ese mueble.

El padre Morales sacó del bolsillo un aro de acero, en el cual había algunas llaves que probó en la cerradura del secreter hasta encontrar la que le abría.

El mueble estaba completamente vacío.

Pero en uno de sus cajones interiores encontramos un legajo de papeles, cuidadosamente atados y en repetidas vueltas con una cinta encarnada.

Cuando los desatamos vimos que entre ellos había un número considerable de cartas, muchas de las cuales estaban amarillas por su antigüedad.

Abrí maquinalmente una.

Su fecha era de veinte años antes.

Estaba fechada en Barcelona, y en el sobre se veía el sello de correos de la Habana.

No pude contenerme y la leí.

« ¡Que te has casado, Gabriela! ¡y has tenido valor, mejor dicho, audacia para escribirmelo! ¡que eres de otro hombre! ¡que has olvidado tus promesas de amor!... ¡que te has vendido! ¡no sé porqué me estremecía cuando en España aun me decían los que sabían tu partida á América con tus padres: Gabriela se casará allí: allí gustan mucho las mujeres blancas: ¡yo confiaba en que esos isleños comerciantes no querrian unirse á una mujer pobre, aunque fuese blanca y rubia! ¡Pretendes disculparte con la muerte de tu padre, con la enfermedad de tu madre! ¡pretendes pasar por la buena hija que todo lo sacrificó á la que la dió el ser! ¡Mentira! ¡te has casado porque estabas sedienta de los goces de la vanidad que solo se obtienen con dinero! ¡Te has vendido, y me has desgarrado el corazon! Estoy sin recursos en el momento, y por eso no voy yo en vez de esta carta: mi padre ha dejado nuestras rentas empeñadas para sesenta años, y me veo obligado á vivir de mi sueldo de coronel: pero antes de escribir esta carta, he escrito una exposicion á S. M. pidiéndole mi pase al ejército de Cuba. El ministro de la Guerra es amigo mio y apoyará mi solicitud. Espérame. — Tu adorado primo JUAN.

— ¡Oh Dios mio! dijo el padre Morales: véase lo que son las pasiones.

— O las desgracias, contesté.

— Las desgracias deben sufrirse con resignacion.

Yo seguí examinando las cartas: hé aquí el extracto de las mas importantes:

Habana 16 de marzo de 18...

Tu buen marido es mejor que tú para mí: ese hombre á quien aborrezco de muerte porque te posee, me ha abierto su casa, me llama su primo, me trata con cariño. Tú procuras cuidadosamente no quedarte nunca sola conmigo... Desde mi llegada no he podido hablarle... Tu marido me ha dicho que próximamente debe salir con su fragata para Cádiz, y cuando le he preguntado si te llevaba consigo, me ha respondido: « ella tiene un formal empeño en acompañarme: me ama demasiado, ¡pero cómo llevar á una jóven en un buque de guerra? Esto no puede ser. Además, mis verdaderos intereses radican aquí, y aquí debe estar mi familia; si ella se empeña en no separarse de mí, me veo obligado á contrariar mi aficion, y á separarme contra mi voluntad de la marina real. Ya la he dicho que parto tranquilo, porque en tí tengo un amigo, y ella en tí un pariente que la ama... » No te opongas, Gabriela, á la partida de Lorenzo: déjale ir: si renuncia á su empleo, si se separa del servicio, será peor, te lo juro, porque ya encontraré medio de hacerte ceder, y si no lo encuentro, seré capaz, desesperado, de romper por todo.

Habana 10 de octubre de 18...

Al fin puedo hacer llegar una carta á tus manos... Al fin despues de dos años ha vuelto de España la fragata *Scala*, y con ella Lorenzo: solo cuando ha vuelto has salido del convento donde te encerraste antes de que se fuese.

Pero entraste sola y has salido con una hermosa hija que me he visto obligado á besar... ¡la hija de otro hombre! Cuando tuviste á esa niña, han pasado por mí ideas horribles... Necesito hablarte. . . no me desesperes, Gabriela, porque soy capaz de todo...

CLI.

Había otra multitud de cartas reducidas á súplicas desesperadas ó amenazas vagas.

Las fechas de aquellas cartas comprendian un espacio de un año.

En una de ellas el marqués (porque del marqués de la Roca eran las cartas), se expresaba de una manera horriblemente melodramática á consecuencia del nacimiento de una segunda hija de Gabriela.

Al fin, la última que examiné era gravísima: su fecha era solamente diez años anterior.

Habana 8 de junio de 18...

Estoy dispuesto á concederte lo que me pides en tu última: tendrás lo que tanto deseas: pero abandona á

ese hombre: gracias á tu amor, y á su estupidez somos mas ricos que él: podemos vivir magníficamente en Europa, en Lóndres, la amparadora de todas las fugas: como estás en la hacienda, y no me es posible separarme de la Habana, te escribo. Pero quema esta carta. Las palabras escritas están siempre prontas á volverse contra quien las escribió. Te ruego que medites bien: tú sufres por lo que nadie mas que yo puede darte, y que no te daré si no me sigues: no quiero tener mas tiempo celos: sé verdaderamente mia una vez, y ten por seguro, que si te niegas, debes renunciar á toda esperanza de que se realice tu mas ardiente deseo. ¿Porqué ocultar nuestro amor, cuando es nuestra vida?

CLII.

Esta carta tenia señales de haber sido arrugada en un momento de furor.

Sin duda esta era la carta que había motivado la terrible entrevista del marqués con el marido de Gabriela, en la que el último había sido víctima de un crimen infame.

CLIII.

Por último, había un grueso pliego cerrado. En su sobre se leía:

« Al sacerdote que me asista en la hora de mi muerte. »

— ¿Dice bajo secreto de confesion? pregunté tímidamente al padre Morales.

— No: mire Vd.

— ¡Ah! pues nada puede decir ahí dentro mas grave que lo que dicen esas cartas: abra Vd. ese pliego.

Le abrí.

Dentro había otro pliego.

En el sobre decía:

« Para mi hija Ines. »

Aparté aquel pliego sin tocar á su lacre negro, y leí el que había abierto.

Hé aquí su contenido.

CLIV.

Tenia yo quince años, cuando conocí á mi primo el marqués de la Roca.

Le amé, me amó.

Me pidió en matrimonio á mi padre y mi padre me negó á él.

Alegaba que tenia mala conducta y que me haria infeliz.

(Se continuará.)

Desórdenes en Nápoles.

ATENTADO CONTRA EL EMBAJADOR DE FRANCIA. — SAQUEO DE LAS COMISARIAS DE BARRIO.

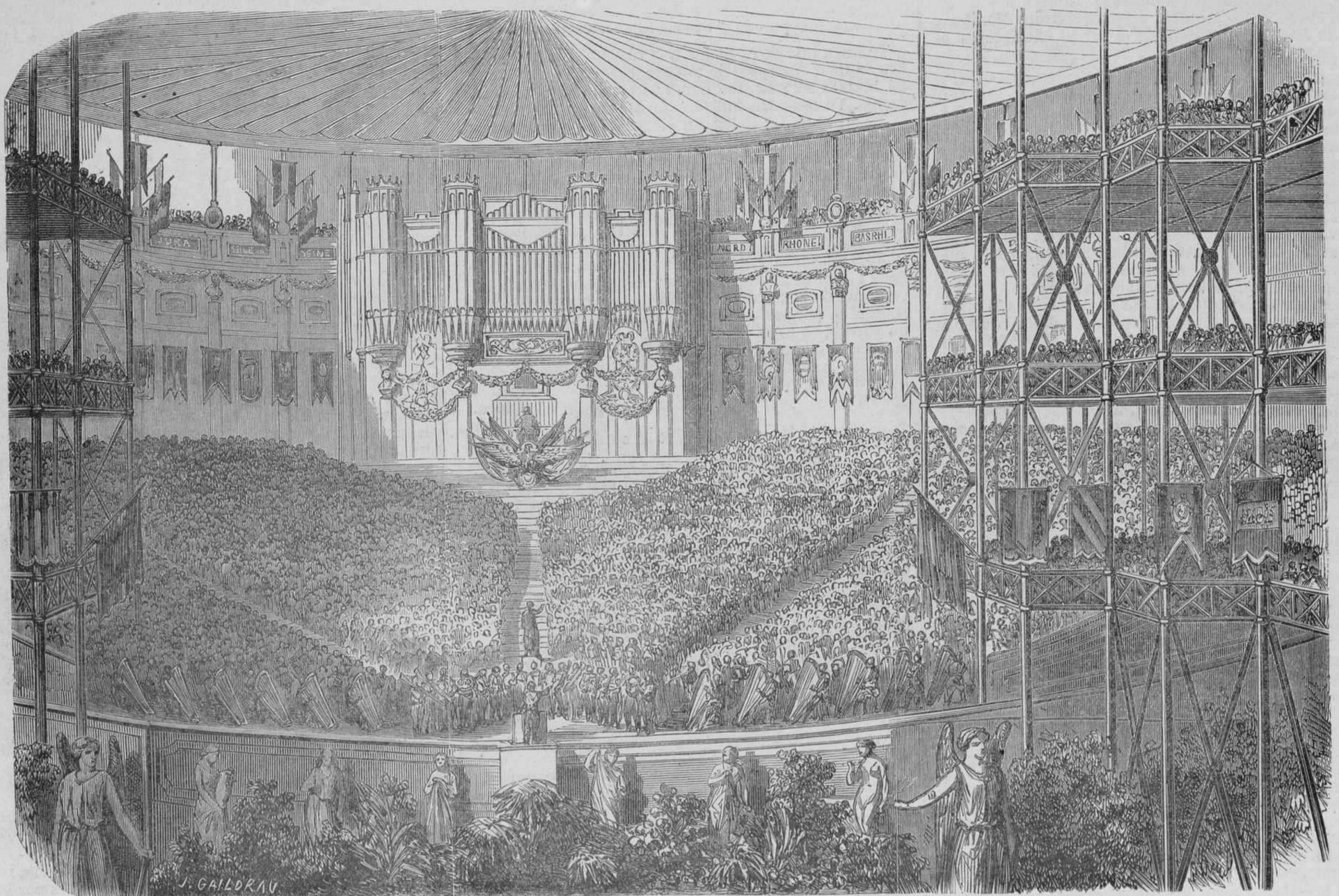
El mismo día en que el rey Francisco II, cediendo á los consejos del emperador Napoleon y de muchos personajes de su córté, tomó el partido de acordar á su pueblo instituciones liberales, se cometió un odioso atentado en la persona del embajador francés. SS. MM. acompañadas de los condes de Trani y Caserta, volvian del paseo de la Chiaja, donde la multitud las había saludado con muestras de respeto y simpatía. Al mismo tiempo M. Brenier que tenia por costumbre asistir todas las tardes á aquel paseo, emprendió su regreso á la embajada en carretela descubierta. Eran las ocho y media. La calle de Toledo estaba llena de carruajes y gente á pié, de modo que los primeros podian andar con mucha dificultad: Al llegar el embajador entre el palacio del Nuncio y la calle Carozieri, se oyeron gritos de ¡viva Italia! ¡viva Victor Manuel! ¡viva Garibaldi! salidos de diferentes grupos. El embajador era afectuosamente saludado por la multitud, cuando dos hombres armados de gruesos bastones, y uno á la derecha y otro á la izquierda del carruaje, descargaron violenta y simultáneamente los bastones sobre la cabeza de M. Brenier, recibiendo iguales golpes en la misma parte un criado que le acompañaba. M. Brenier cayó sin sentido sobre los almohadones del carruaje, y el criado quedó tambien casi sin conocimiento. Los agresores desaparecieron instantáneamente entre la muchedumbre. Condujose á M. Brenier á la embajada cubierto de sangre, y el primer cirujano del vapor *Bretagne* le hizo la primera cura. El doctor Palenciano, médico de la embajada, pasó casi toda la noche al lado del herido. El valiente y caballeroso príncipe de Ischitella, el almirante Le Barbier de Teuan y el general conde de Aragon enviado por el conde de Trápani, acudieron inmediatamente á visitar al herido permaneciendo largo tiempo á su lado. El conde de Aquila fué dos veces durante la noche á verle, como tambien el de Siracusa y el duque de Sangro, ayudante del rey, todo el cuerpo diplomático y otras muchas personas notables.

Por fortuna las heridas del embajador eran poco graves, y en el día se encuentra restablecido completamente, y muy agradecido á las muestras de simpatía que con este motivo recibió de la poblacion de Nápoles.

Al día siguiente de este triste suceso la agitacion era extraordinaria en Nápoles; bandas de revoltosos recorrían la ciudad, incendiando las comisarias de policia, destruyendo los papeles y arrojando los muebles por las ventanas. Al punto la ciudad se puso en estado de sitio, y Nápoles recobraba al menos en apariencia su aspecto acostumbrado.



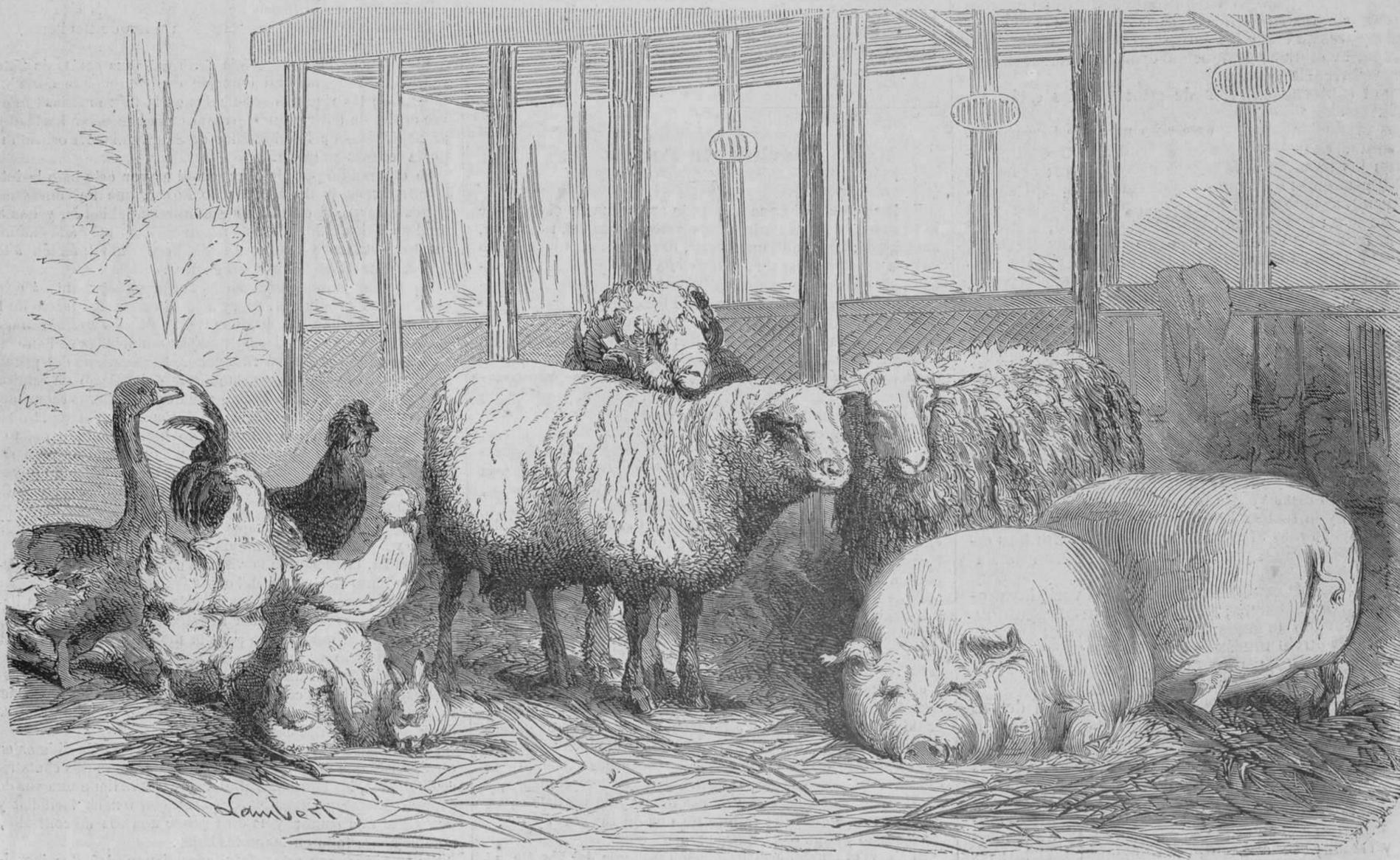
SAQUEO DE UNA COMISARIA DE POLICIA EN NAPOLES EL DIA 28 DE JUNIO



CONCIERTO DADO POR LOS ORFEONISTAS DE FRANCIA EN EL PALACIO DE SYDENHAM EN INGLATERRA. (Véase la Revista de Paris.)



CONCURSO GENERAL Y NACIONAL DE AGRICULTURA EN PARIS. — GANADO VACUNO, CABALLAR Y ASNAL.



GANADO LANAR, PORCUNO Y ANIMALES DE CORRAL.

### Concurso general y nacional de agricultura en París.

(Segundo y último artículo.)

Una vez reconocida como lo está la utilidad de las exposiciones agrícolas, el gobierno ha obrado cuerdamente organizando este año el concurso nacional de París. Por lo demás, podemos hablar de los concursos con todo conocimiento de causa. Ya ha habido exposiciones agrícolas en París en 1855 y 1858 en el Campo de Marte. En 1856, año que siguió al de la exposición universal de la industria, hubo un concurso universal agrícola en el Palacio de la Industria.

Cuatro años han trascurrido desde entonces; y así se ha podido juzgar hoy de los progresos de la agricultura y del favor obtenido por los concursos agrícolas examinando los maravillosos productos encerrados en el Palacio de la Industria y sus dependencias.

Si se comparan los resultados de 1856 con los de 1860, solo en el ganado vacuno, sorprende la diferencia que se encuentra en las cifras. En 1856 la cifra de los animales era de 1,273 incluso los extranjeros; este año se ha elevado a 1,443 animales nacidos y criados en Francia.

En máquinas e instrumentos, la diferencia es mas grande todavía: 2,106 números se distribuyeron en 1856, y 3,975 en 1860; en fin, en cuanto á los productos: 4,848 en 1856, y 7,375 este año.

No tengo intenciones de pasar revista á todas las riquezas encerradas en el Palacio de los Campos Elíseos, pues para eso sería preciso escribir volúmenes. Nos contentaremos pues con echar una rápida ojeada sobre ese maravilloso conjunto.

Entrémos en el palacio. La nave está trasformada en un jardín inglés con altos árboles, rodeados de arbustos y de flores; una gran columna de agua que salta del seno de las rocas alimenta el río que sigue las sinuosidades de la verdura; el río se atraviesa por puentes rústicos.

En las galerías laterales del piso bajo tres largas hileras de compartimientos paralelos contienen los animales del ganado vacuno. Se ven allí los grandes toros pardos y blancos de la Normandía; las robustas vacas lecheras del valle del Auge; las rojas flamencas; los blancos charoleses; los rubios garoneses y los limosinos, sus hermanos, tan fuertes y tan suaves; las razas rústicas de la Gascuña, de las Landas, de los Pirineos y del Aveyron; las pequeñas bretonas, vivas, elegantes y caprichosas; los buenos y grandes holandeses, y en fin, los majestuosos productos de la raza de durham, ¡generosos animales que á veinte y cuatro meses suministran los resbifs mas exquisitos!

Al lado de los inmensos durham se encuentran algunos animales pequeños del ganado vacuno de la Argelia. Cabezas encantadoras, grises como las de las ratas de Noruega, elegantes y finas como una vaca bretona, sobrias como el camello, si es cierto que el camello es el tipo de la sobriedad.

En las galerías están colocados los instrumentos de interior de las granjas y los productos. Allí se ven en abundancia instrumentos para cortar paja y raíces, sembradores de todas las formas conocidas y desconocidas hasta el día, aparatos de drenaje, herramientas para veterinarios, etc.

En el contorno exterior de estas galerías están los productos.

Los productos ofrecían este año un aspecto muy interesante. Entre los productos se deslizan ordinariamente las excentricidades de los expositores; el barrio de los productos es el país de las sorpresas. Allí se encuentran, al lado de las cosas vulgares, los objetos mas inesperados: leche, vino, manteca, estiércol, tortas de maíz, frutas en conserva, cascotes de caballo enfermo, pan de sorgo, resina, queso, tierra, sidra, guano, trufas, sanguijuelas, cascadas de agua de Colombia, cerezas, vinagre, piedras molineras, seda, alcaparras en vinagre, café de achicoria, de bellota, de paja, de todo menos de café, cacao, sangre de buey, vino de Champaña y pescado mal conservado.

No se podía uno cansar de admirar las colecciones de productos agrícolas expuestas por sociedades de agricultura, comicios, granjas civiles y simples particulares.

La asociación comercial vinícola de Beaune había expuesto mas de doscientas muestras de los mejores vinos de Borgoña y de los mejores años; la de Gaillac (Tarn), envió unas veinte muestras de sus vinos tintos y blancos, y la sociedad de agricultura de Macon tenía allí sus vinos mas afamados. Los vinos de Burdeos estaban representados por la colección del baron de Maignan.

Varios agricultores habían reunido los variados productos de sus haciendas; M. Davin, de París, expuso un hermoso surtido de lanas; el Instituto normal agrícola de Beauvais envió muestras de todas las variedades de cereales cultivados, con una colección de todos los animales nocivos á la agricultura.

M. L. Javal ofrecía al público una muestra de sus cultivos de las Landas, y M. Dire, de Mont-de-Marsan, las resinas del pino marítimo de las Landas, una riqueza agrícola desconocida hace algunos años.

Delante de la fachada rediles elegantes, cuyo dibujo hemos dado en la semana última, abrigaban á los animales del ganado lanar. Véanse allí bajo el mismo techo el merino con su lana espesa, sedosa, flexible, elástica y rizada; el mauchamp, derivado del merino; las razas inglesas de Southdown, de Leicester ó de Dishley,

razas destinadas especialmente á la carnicería; el solnot de gigotes pequeños y perfumados; el berrichon que suministra vestidos á todo el mundo; la raza meridional barbarnia, cuya cabeza fina está marcada con hermosas manchitas negras, y la charmoise, raza del centro, inventada, si puedo explicarme así, por un agricultor de Loir-et-Cher, M. Malingié, lo que prueba que los franceses pueden crear buenas razas como hacen los ingleses.

La especie porcina se hallaba detrás del elegante compartimiento habitado por las aves domésticas, una fuente rodeada de yerba y de flores adornaba este sitio. Desgraciadamente cuando los compañeros de Ulises tenían el capricho de mezclar á los cantos de los gallos y al cacareo de las gallinas las modulaciones de sus agudos lamentos, el gracioso barrio de las aves perdía mucho de su hechizo.

Las grandes máquinas de vapor, los molinos, bombas, etc., así como las máquinas de labranza, ocupaban los terrenos situados entre el Palacio de la Industria y el concierto Musard.

En esta parte del concurso había un hermoso granero expuesto por M. Pavy, de Girardet (Indre y Loira). Su mérito consiste en que á beneficio de una combinación ingeniosa, la operación de poner el grano al abrigo de la fermentación se hace por sí sola. — Es la solución económica y práctica de un buen problema.

Aun quedan magníficos problemas que resolver en el estudio de la agricultura, como verbigracia, el de la siega y el de la cosecha.

El concurso de 1860 habrá visto resolver una de esas graves cuestiones, la de la siega del heno.

En Vincennes se han probado segadoras en la hermosa granja improvisada sobre la árida llanura de Saint-Maur. Eran siete ú ocho máquinas. La segadora inglesa de Wood ha obtenido la gran medalla de honor. No me atrevería á decir que esta máquina sea muy superior á las demás; sería exagerar el mérito de uno para rebajar injustamente el de los otros; casi todas las segadoras marchaban bien. Los instrumentos accesorios para trillar y limpiar hace mucho que han llegado á su perfección. En suma, las experiencias de Vincennes han sido satisfactorias para los expositores y para el público.

También había caballos en el concurso, y de ellos hablamos en el artículo precedente. Los borricos-padres han llamado mucho la atención; los había que valían de doce á quince mil francos.

La muchedumbre inmensa que no ha cesado de circular por en medio de las máquinas, de los animales y de los productos, ha demostrado una vez mas la importancia de los concursos agrícolas y el favor de que comienzan á disfrutar en el país mas fértil y hasta aquí menos agrícola de Europa. Es un progreso digno de señalarse.

También hay que decir que el concurso estaba admirablemente organizado. M. Lefebvre de Santa María, comisario general, y M. Porlier, comisario general adjunto, administrador especial de la Exposición, habían conseguido realizar una obra maestra de administración. En algunos días animales, máquinas, instrumentos y productos traídos de los cuatro extremos de la Francia, hallaron su puesto correspondiente.

V. B.

### Revista de París.

En la semana última se ha puesto en escena en el teatro de la Grande Opera de París la *Semiramis* de Rossini, refundida, aumentada, casi podríamos decir, desconocida. Nunca como en esta ocasión el célebre maestro ha dado pruebas de la indolencia musical en que se halla sumergido. A todos los ruegos, á todas las instancias que se le hicieron para que tomara una parte activa en el arreglo de su famosa partitura, Rossini opuso una negativa persistente; mas aun, se empeñó en disuadir al empresario de que ejecutara una ópera escrita hacia treinta y siete años, para cantantes italianos, acomodada al gusto y á las exigencias de aquel tiempo, y que según él, no podía producir efecto alguno trasladada á un teatro donde las exigencias y el gusto son distintos. Rossini añadía que conocía á los franceses, y que para ellos había compuesto el *Guillermo Tell* y arreglado el *Moisés* y el *Conde Ory*; que el empresario debía contentarse con hacer ejecutar estas óperas, y que debía dejar la *Semiramis* á los italianos.

Pero el que dirige la empresa de la Grande Opera estaba empeñado en proseguir su plan; y como necesitara un maestro para hacer las correcciones indispensables en la partitura, pidió á Rossini que al menos le señalara el compositor que pudiese llevar á cabo esta tarea.

Rossini designó á su amigo Carafa, el autor de *Masaniello* y del *Solitario*, autorizándole competentemente para que hiciera todas las correcciones oportunas por medio de la siguiente carta:

« Mi querido amigo: puesto que se proponen poner en escena la *Semiramis* en la Grande Opera, y yo no me ocupo, como sabeis, en nada de este género, os suplico os encarguéis del trabajo, dándoos la latitud mas completa para todos los arreglos que juzguéis conveniente hacer. Como este trabajo será obra vuestra, será también vuestra propiedad, y todos los derechos de autor en ese teatro y en los demás, os pertenecerán como si se tratara de una de vuestras óperas.

» Vuestro amigo — G. ROSSINI. »

Ni Mery, el autor de la traducción francesa del libretto, ni Carafa, ni M. Alfonso Royer, pudieron conseguir que el maes-

tro asistiera á uno de los ensayos y mucho menos á la representación de su ópera.

Mas aun: el domingo que precedió al estreno, Rossini presentaba á Carafa á sus amigos como el autor de la *Semiramis*, y decía que era muy extraño no se hallase mas conmovido en la víspera de una batalla.

Por último, Rossini no ha querido oír á las hermanas Marchisio contratadas para la ejecución de su ópera.

¿Puede un hombre llevar á mas alto grado el desden de su propia gloria?

Al entusiasmo universal Rossini responde con una sonrisa de ironía.

M. Mery, uno de los mas entusiastas de esta gran música, ha escrito un prólogo al frente de su traducción, del que vamos á tomar unos párrafos que contienen interesantes pormenores sobre la obra del maestro.

« Entre los aficionados al arte lírico, dice, hay una clase muy numerosa que merece ser tomada en consideración. Esta falange de refinados piensa que una obra maestra es igual á otra, y no se toma el trabajo de analizar dos partituras para saber si debe extasiarse mas con la hada alemana que con la musa de los italianos.

No obstante, para la mayoría de estos hombres existe una obra, no de preferencia, sino de predilección; una obra que no colocan ni mas alta, ni mas baja, ni al nivel de otra, y que tiene para ellos, con fundamento ó sin él, un atractivo incomparable, una misteriosa fascinación, un encanto excepcional: es la *Semiramis* de Rossini.

Jamás en esa obra prodigiosa, jamás la inspiración falta un momento al músico; jamás se nota una señal de desfallecimiento, un compás vulgar; esa música presenta todas las variedades de la naturaleza, y toma todas las voces del mundo exterior, pues la naturaleza no obedece al precepto de una retórica de convención; no se contenta con la sencillez, aun cuando la sencillez en su tiempo y lugar sea una gran cosa; la naturaleza toma todos los tonos, se adorna con todos los colores, se revela en todas las formas.

La naturaleza es sencilla en el encanto tranquilo de sus praderas, en la calma de sus amores, en la limpidez de sus horizontes, en la somnolencia de sus lagos dormidos; pero esa soberana del arte no quiere guardar siempre una sencillez que llegaría á ser monótona; pone en insurrección á sus Alpes y sus cordilleras; hace mugir sus tempestades, hace saltar sus cataratas, levanta sus océanos y da movimiento á sus inmensas selvas: su música y su lengua lo dicen todo, desde el soplo de la brisa que doblega el tallo de la flor, hasta el huracán que arranca la añosa encina; desde el suave murmullo del arroyuelo, hasta la terrible melopea del Niágara; desde la chispa que luce en lo alto de las olas, hasta la erupción incendiaria de los volcanes.

Tal es el estilo de la naturaleza. Rossini es un alumno de su conservatorio, y tiene bajo sus dedos las teclas de un teclado universal.

¡Dichoso el poeta italiano de la *Semiramis* que no ha escrito su nombre en el libretto de Venecia, y ha dejado que el nombre del divino maestro se lea solo en la primera página de la inmortal partitura!...

Si hay una obra que pueda desdeñar las decoraciones, las pompas escénicas y el lujo de la coreografía, es seguramente la *Semiramis*; el maestro de los maestros la ha decorado con su música; pero el teatro de la Opera de París está obligado á dar una hospitalidad imperial á la reina de Babilonia, á la gloriosa hija de Rossini.

El proyecto de acordar á la *Semiramis* sus cartas de naturalización francesa, casi coincide con el reciente descubrimiento de las riquezas sepultadas en la tierra asiria. El Louvre acaba de abrir grandes salones para mostrar los tesoros arqueológicos de los dominios de Semiramis. La ocasión no podía ser mas propicia.

Se emprendió pues la obra con el mayor celo bajo la inteligente dirección de M. Alfonso Royer, que ha consagrado meses enteros al estudio de esa antigua Babilonia, y que ha prodigado los cuidados mas minuciosos no solo á los monumentos, estatuas y animales simbólicos, sino también á los trajes, armaduras y demás accesorios.

No podemos menos de asociarnos completamente á estos elogios que prodiga M. Mery á la dirección del teatro de la Opera: no se ha visto hasta el día nada mas grandioso que estas decoraciones; todas las pompas anunciadas se han convertido en otras tantas realidades. El panorama del primer acto, los célebres jardines, la galería del palacio de Semiramis, y la cripta del acto último son obras maestras reproducidas en proporciones colosales. MM. Cambon, Thierry, Nolan, Rubé y Deplechin, sus autores, no han inventado nada en ellas; hicieron las investigaciones mas minuciosas para dar á estos inmensos cuadros un carácter de autenticidad incontestable, y en todos sus pormenores se descubre el estudio arqueológico.

Por lo que toca á los trajes son de una riqueza extraordinaria, y sobre todo de la mayor verdad histórica.

En suma, el placer de la vista es completo; ¿se puede decir otro tanto del placer del oído?

Los que tienen en la memoria esta música cantada en italiano no vacilan en responder negativamente. El idioma francés es ya un primer escollo para la melodía. Además, se han hecho correcciones para alargar los cantos, se han aumentado los recitados en una proporción enorme, y por último, se ha añadido el baile, complemento indispensable de toda ópera francesa, con lo cual se ha desfigurado en alto grado la *Semiramis* que todos conocemos.

La ejecución está muy lejos de ser perfecta. Ya dijimos en otra revista que debían estrenarse en esta ópera dos cantatrices italianas, las hermanas Marchisio; la una tiene una voz de soprano bastante simpática, vocaliza con mucha facilidad y una seguridad suma; y la otra posee una voz de contralto, notable sobre todo en las notas bajas.

Sin embargo, con estas facultades tienen defectos increíbles; todas las piezas ordinarias de la ópera las cantan mal,

y se diría que solo han estudiado las partes difíciles. Para decirlo todo en una palabra, su fuerza está en su unión, sus voces se armonizan tan bien que parecen una sola, y así es que en el dúo final del tercer acto son aplaudidas con delirio. Pero esto es todo; en lo demás completa indiferencia por el público, que no ha olvidado por cierto en esta ópera á la Penco y la Alboni.

Obin en el papel de Assur es aplaudido con justicia. Tenemos que concluir nuestras noticias acerca de los orfeonistas franceses que han ido á cantar á Inglaterra, como saben ya nuestros lectores.

Los conciertos han tenido lugar en el Palacio de Cristal en los días 25, 26, 28 y 30 de junio último. La afluencia de espectadores era inmensa. Todas las personas de distinción de Londres han acudido al palacio de Sydenham para oír á los tres mil orfeonistas franceses: habría como unas veinte mil personas. El espectáculo que presentaba esa inmensa concurrencia era asombroso: nuestros lectores podrán formarse una idea de él por el grabado que damos en la página 52.

En las gradas del anfiteatro que dominan la nave están los tres mil orfeonistas que representan todos los departamentos franceses; detrás de ellos se ven las banderas de sus localidades, y el órgano del Palacio de Cristal adornado con las banderas de Inglaterra y de Francia con dos manos enlazadas.

Delante de los orfeonistas están las señoras mas elegantes de Londres con sus vaporosos prendidos azules, blancos y de color de rosa.

No entraremos á detallar las piezas cantadas por los orfeonistas; segun la correspondencia de donde extractamos estos detalles, los orfeonistas tuvieron sus triunfos y sus descalabros. Por fortuna estos fueron los menos, y en el último concierto todas las piezas salieron perfectamente ejecutadas.

Así los ingleses pudieron dar rienda suelta á su entusiasmo en esta última reunion: los orfeonistas fueron festejados con un banquete inmenso, al que asistieron varios miembros del Parlamento, sir James Bright y sir John Parton, el arquitecto del maravilloso palacio de Sydenham y el organizador de la fiesta.

Las noticias musicales que nos han ocupado en esta revista no nos impedirán el señalar á la atención de nuestras amables lectoras una cátedra que se acaba de fundar exclusivamente en su beneficio.

Hace algun tiempo un doctor en derecho, M. de Beaupré, inspirado sin duda por la idea de Fenelon de que seria bueno que las mujeres conocieran algo de leyes, escribió una obra titulada: «Nociones de derecho francés al uso de las mujeres.»

Pero hé aquí una señora que bajo la misma inspiracion no se ha contentado con escribir un libro, sino que ha abierto un curso de derecho, al que está llamado el bello sexo, á fin de que pueda aprender en él todo lo necesario para prescindir de los agentes de negocios, especie de sanguijuelas que cuando llega el caso se alimentan con lo mas puro de su sangre y viven á costa de esa ignorancia en que mantiene á la mujer la educacion que recibe.

Mlle Lavenue, así se llama esta profesora, acaba de fundar en Auteuil, en las cercanías de Paris, una cátedra de derecho aplicada á las diferentes situaciones de la vida femenina, como minoría, celibato, separacion y viudez.

Un hombre de edad y de experiencia, M. Obviot, doctor y antiguo magistrado, se hace escuchar con una atencion y constancia que parecen extrañas en la mujer educada en las prácticas de la moda; lo que prueba una vez mas que bajo esas apariencias fútiles hay realidades serias que se descubren con el cultivo.

Mlle Lavenue ha tenido una excelente idea, en cuyos buenos resultados se interesan ya muchas parisienses.

MARIANO URRABIETA.

**La cita.**

**I.**

Vientecillo, vientecillo,  
Que vas murmurando quejas,  
Y haces sonreír al agua  
Con las cosas que le cuentas:

Tú, que entre las flores bulles,  
Como Perico entre ellas,  
Y á esta quiero, á esta no quiero,  
Todas las tienes revueltas.

Tú, que por ligero pasas  
Y de bullicioso pecas,  
Y á los árboles mas graves  
Haces doblar la cabeza.

Tú, que duermes en las ramas  
Sobre las hojas mas frescas,  
Y te mecen y te arrullan  
Para que mejor te duermas.

Tú, dulce corre ve y dile,  
Que en todas partes te encuentras,  
Suspiro de estos contornos,  
Aliento de estas riberas.

Si de galan haces gala,  
Si ser activo te alegra,  
Si por discreto te estimas  
Y de servicial te prestas;

Toma estas cuatro palabras  
Que están saltando en mi lengua,  
Llévalas donde tú sabes;  
Pero ¡ay! ¡que no te se pierdan!

**II.**

No partas tan pronto, escucha:  
Dile... que tengo tristeza,  
Que me has visto (aquí tú añades  
Lo que calla mi modestia).

Y como que es cosa tuya  
Y sin que nadie lo entienda,  
Dile que estoy sola, y dile  
Con mucha maña, que venga.

Si á tus palabras ingrato  
Dar crédito no quisiera,  
Este suspiro y un beso  
Quiero que llesves en prenda.

El los tomará por míos  
Al momento que los vea.  
Y dáselos si los pide;  
Yo haré que me los devuelva.

Ya sabes lo que yo quiero;  
Ahora, vientecillo, vuela,  
Y porque mas pronto llegues,  
Ahí va toda mi impaciencia.

Aquí me quedo esperando,  
¡Ay si llevarme pudieras!  
Ve... díse'lo todo... escucha,  
Si él no viniese... que vuelvas.

JOSÉ SELGAS.

**Letrilla.**

Manda amor en su fatiga,  
Que se sienta, y no se diga,  
Pero á mí mas me contenta  
Que se diga, y no se sienta.

En la ley vieja de amor,  
A tantas hojas se halla,  
Que el que mas sufre y mas calla,  
Ese librará mejor.

Mas triste del amador,  
Que muerto á enemigas manos  
Le hallaron los gusanos  
Secretos en la barriga.

Manda amor en su fatiga  
Que se sienta, y no se diga,  
Pero á mí mas me contenta  
Que se diga, y no se sienta.

Muy bien se puede culpare  
Por necio cualquier que fuere  
Que como leño sufre,  
Y como piedra callare,  
Mande amor lo que mandare,  
Que yo pienso muy sin mengua,  
Dar libertad á mi lengua,  
Y á sus leyes una higa.

Manda amor en su fatiga,  
Que se sienta, y no se diga,  
Pero á mí mas me contenta  
Que se diga, y no se sienta.

Bien sé que me han de sacar  
En el auto con mordaza,  
Cuando amor sacare á plaza  
Delincuentes por hablar.

Mas yo me pienso quejar  
En sintiéndome agraviado,  
Porque el mar viene alterado,  
Cuando el vendabal le ostiga.

Manda amor en su fatiga,  
Que se sienta, y no se diga,  
Pero á mí mas me contenta  
Que se diga, y no se sienta.

Yo sé de algun joveneto  
Que tiene muy entendido,  
Que aguarda mas bien Cupido  
Al que guardó su secreto;  
Mas si murió el imperfecto  
De amoroso corazón,  
Morirá sin confesion  
Por no culpar su enemiga.

Manda amor en su fatiga,  
Que se sienta, y no se diga,  
Pero á mí mas me contenta  
Que se diga, y no se sienta.

LUIS DE GONGORA.

**El príncipe Gerónimo Napoleon.**

APUNTES BIOGRAFICOS. — SUS EXEQUIAS.

Gerónimo Bonaparte, hermano pequeño de Napoleon I, nació en Ajaccio el 15 de noviembre de 1784. Hizo sus estudios en el colegio de Juilly. Era muy meditativo y demostraba en su carácter una dulzura

extraordinaria. Entró á servir en la marina, siendo nombrado aspirante en 1799, é hizo su primera campaña en el Mediterráneo, donde por un acto de arrojo se apoderó del buque inglés *Swestohure*, que combatía contra el buque francés el *Indivisible*, acto que le valió el grado de teniente y el mando del *Gavilan*.

Encargado por el gobierno de la isla de Santo Domingo de una comision para el primer cónsul, cumplió su cometido con mucha habilidad; y de regreso á las Antillas estableció un crucero delante de la rada de San Pedro de la Martinica.

Poco tiempo despues contrajo matrimonio en Baltimore con miss Patterson, heredera de uno de los mas ricos comerciantes de la ciudad. Este matrimonio fué mas adelante anulado por Napoleon, quien permitió, sin embargo, á su hermano que reconociera á un hijo de esta union.

En 1805, Gerónimo Bonaparte fué nombrado capitán de navio y se le dió el encargo de reclamar en Argel á los prisioneros franceses y genoveses, cuya comision llevó á cabo con el mas completo buen éxito.

En recompensa de sus servicios se le dió el mando de una escuadra y recibió del emperador la orden de abastecer los puertos franceses de las Antillas. Durante la travesía sufrió una tempestad terrible. Dispersóse la escuadra, y Gerónimo Bonaparte, que procuraba reunir sus buques encontró un considerable convoy mercante de buques ingleses, al que atacó, apoderándose de una gran parte de las tripulaciones enemigas. Al regresar á las costas de Francia se encontró en medio de una escuadra inglesa mandada por el almirante Keith, y despues de una obstinada lucha, logró entrar á pesar del enemigo en el puerto de Concarneau, en Bretaña.

A su llegada á Paris fué nombrado contra-almirante y príncipe francés. Poco tiempo despues marchó con su hermano Napoleon á Alemania con el grado de general de division.

Despues de la batalla de Jena, el príncipe Gerónimo, á la cabeza del 9º cuerpo del grande ejército, estuvo encargado de completar la conquista de la Silesia, y en efecto la completó, apoderándose de las seis fortalezas que defienden el territorio, que son Glogau, Breslau, Brieg, Neisse, Schweidnitz y Glatz. Esta brillante conquista permitió al emperador erizar el reino de Westfalia con el ducado de Brunswick, el Hannover, el electorado de Hesse-Cassel y los principados de Halberstadt, Magdeburgo, Verden, Minden y Onasbruck, y darlo á su hermano el príncipe Gerónimo.

El 23 de agosto de 1807 el rey de Westfalia se enlazó con la princesa Catalina, primogénita de Federico, rey de Wurtemberg, y de este matrimonio tuvo tres hijos: Napoleon Gerónimo Carlos Bonaparte, príncipe de Montfort, que nació en Trieste el 24 de agosto de 1814 y falleció en mayo de 1837; Matilde Leticia Guillerma Bonaparte, princesa de Montfort, que nació en Trieste el 27 de mayo de 1820, y casó en 1841 con el príncipe Anatolio Demidoff, y Napoleon José Carlos Pablo Bonaparte, que nació en Trieste el 9 de setiembre de 1822.

El rey Gerónimo se ocupó activamente en introducir en sus estados las reformas que parecia que pedian sus pueblos. Suprimió los diezmos, la servidumbre y las costumbres feudales. Estableció el sistema de quintas para el servicio de las armas, que antes no existía; emancipó á los judios, adoptó el código Napoleon y fomentó el comercio y la industria.

Durante la campaña de Rusia mandó el ala derecha del grande ejército y tomó parte en las primeras operaciones que se verificaron en el Niemen. Cuando en la batalla de Leipsick los sajones y wurtembergueses, aprovechando un momento favorable para su traicion, volvieron sus cañones y su caballería contra los franceses, un soberano del Norte hizo proponer al rey Gerónimo que vendiera á su hermano. « Soy francés, respondió el rey de Westfalia, y mis primeros deberes son para la Francia.»

La fuerza de los acontecimientos obligó al rey Gerónimo á abandonar su corona, lo cual hizo sin sentimiento, pasando luego á ofrecer sus servicios á la Francia.

Napoleon I abdicó. — A su regreso de la isla de Elba, el príncipe Gerónimo salió de Trieste, donde se habia retirado, y pasó á Paris al lado del emperador, quien le dió el mando de un cuerpo de ejército y le ordenó que pasara el Sambre. Derrotó á los prusianos en Montignies y en Marchienne-au-Pont, entró en Charleroy y fué herido en la granja de los Cuatro Brazos. El 18 de junio en la batalla de Waterloo dió pruebas de valor y de adhesion. Encargado de atacar el castillo de Hougoumont, defendido por las mejores tropas del ejército inglés, apoderóse de él, fué luego rechazado, volvió á tomarlo, y no pudo sostenerse allí sino pegando fuego á los edificios.

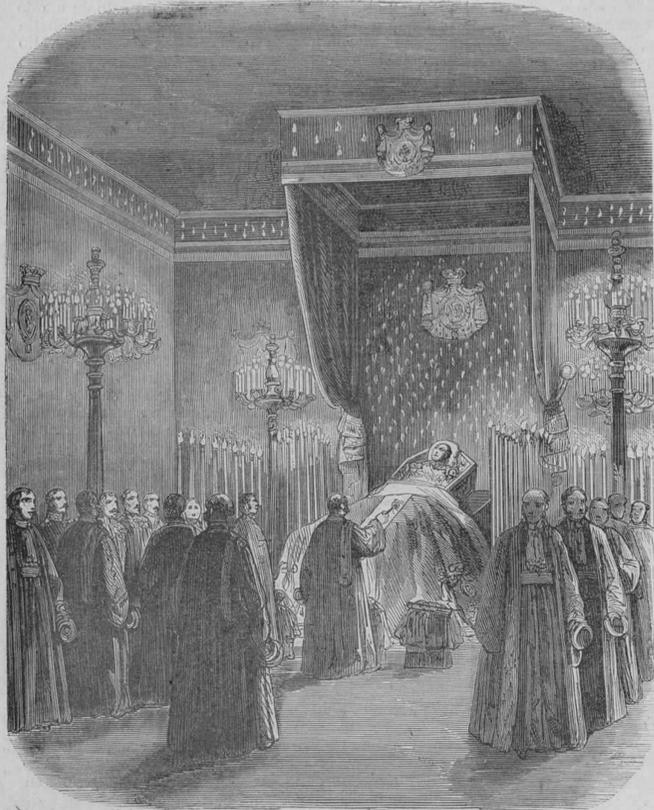
Despues del desastre de Waterloo, el príncipe fué á pedir hospitalidad al rey de Wurtemberg, su suegro; pero solo encontró el cautiverio. Esta accion deshonra á Federico á los ojos de la historia.

En 1816 obtuvo por fin permiso para poder establecerse en Austria, con el título de príncipe de Montfort. En 1823 se estableció en Roma, y en 1831 en Florencia.

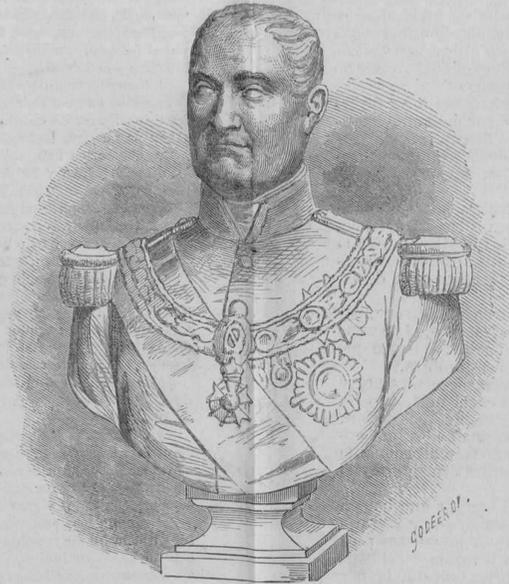
Durante su destierro, el príncipe Gerónimo sufrió dolorosas pérdidas, pues vió sucesivamente bajar á la tumba á la reina Catalina, su esposa, á José y Luis Bonaparte, sus hermanos, y á su hijo mayor Napoleon José.

En 1847, dominado por el deseo de volver á ver la Francia, dirigió una peticion á la cámara de diputados en la que pedía para su familia el permiso para servir en el ejército, y para él la gloria de morir en el suelo francés; y gracias á la energia del príncipe de la Moskowa, y á los generales Gourgaud, Pelet y Bernetti,

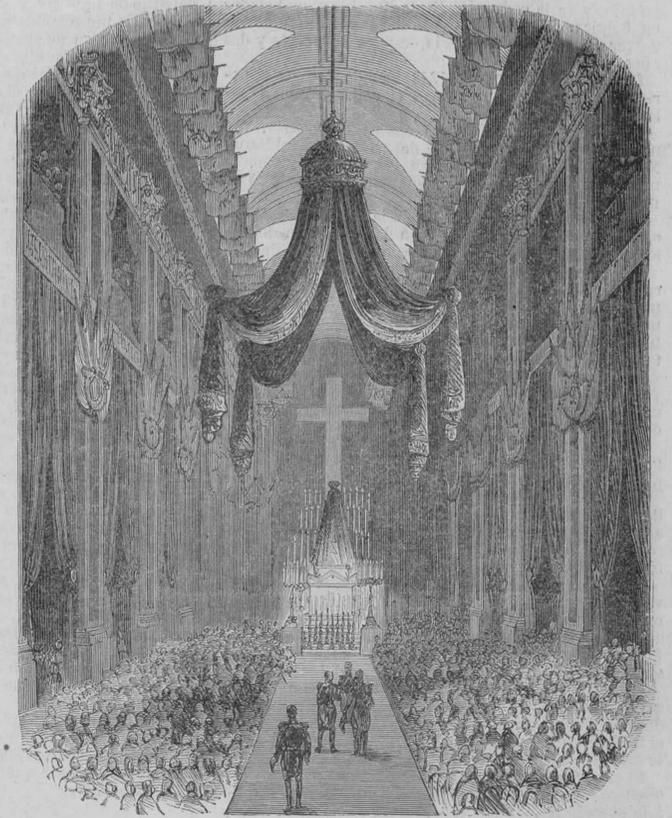
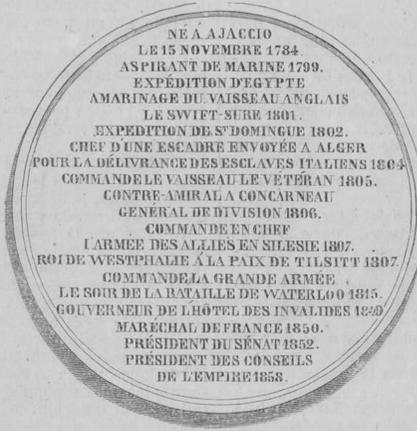
FUNERALES DEL PRINCIPE GERONIMO NAPOLEON.



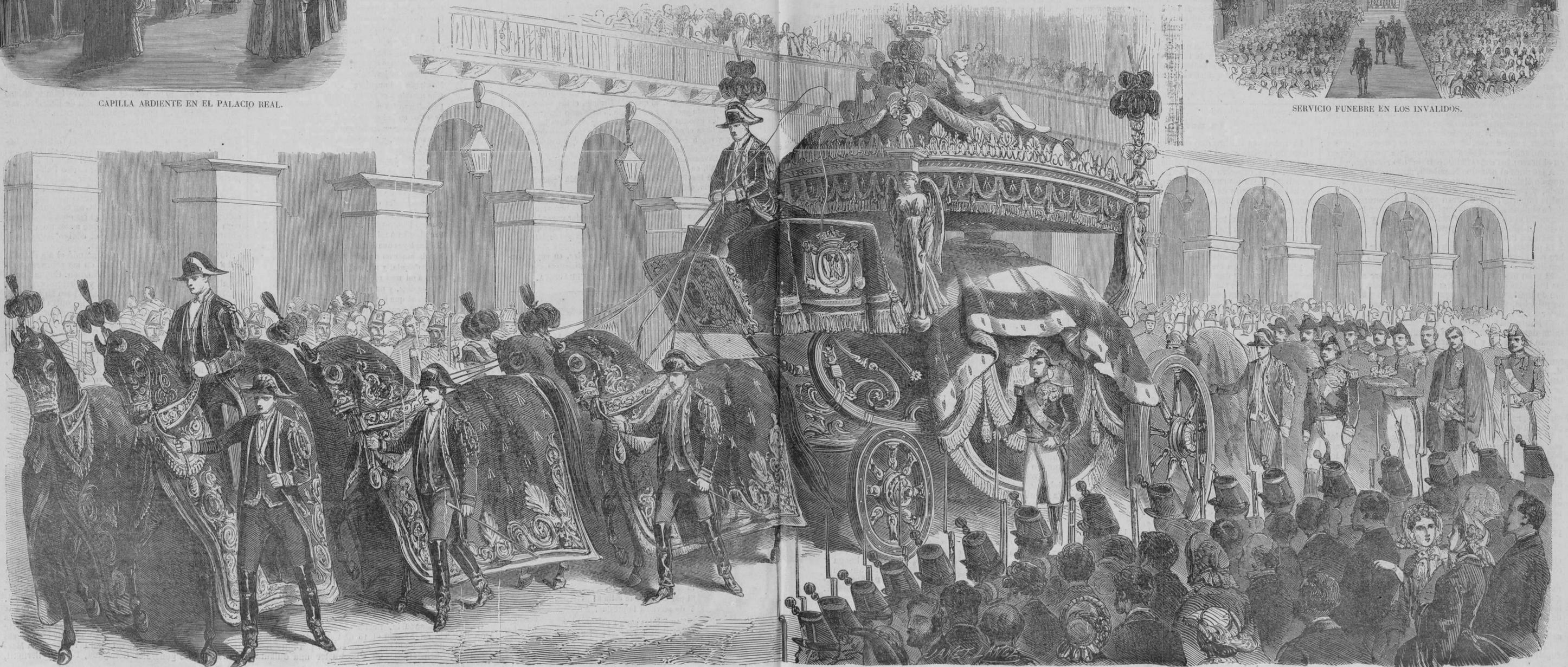
CAPILLA ARDIENTE EN EL PALACIO REAL.



BUSTO Y MEDALLA DEL PRINCIPE GERONIMO NAPOLEON.



SERVICIO FUNEBRE EN LOS INVALIDOS.



EL CARRO FUNEBRE.

obtuvo autorización para regresar á Francia. Esta noticia la recibió en Bruselas, donde residía entonces con su hijo, y se la comunicó M. de Rumigny, embajador en Bélgica. El príncipe Gerónimo tuvo la satisfacción de ver de nuevo á su patria después de treinta y dos años de proseripcion.

Desde la revolucion de 1848 ha sido siempre el paciente adicto y algunas veces el consejero de Napoleón III.

Al principio de la guerra contra el Austria, fué nombrado para formar parte del consejo de gobierno. Napoleón III, confiando en su larga experiencia, le nombró consejero de la regencia por decreto de 10 de mayo de 1859.

Estos apuntes están tomados de la *Historia de la familia Bonaparte*; vamos ahora á dar la descripción de los grandes funerales que se han hecho al príncipe.

El cuerpo del príncipe Gerónimo fué trasladado de su casa de Villegenis, donde ocurrió su muerte el 24 del pasado, al Palacio-Real, en cuyos aposentos estuvo expuesto durante cuatro dias en una capilla ardiente que fué visitada, segun se ha calculado, por unas trescientas mil personas.

El miércoles 3 de julio se celebraron sus exequias.

A las seis de la mañana el cañon de los Inválidos comenzó á hacer disparos cada media hora hasta el fin de la ceremonia.

A las ocho las tropas formaban la carrera desde el Palacio Real á los Inválidos por la calle de Rivoli, la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos.

La circulacion de coches estaba prohibida en las calles próximas á las líneas ocupadas por las tropas; pero estando libre por los boulevares, los carruajes no cesaron de llevar á los Campos Eliseos una muchedumbre inmensa que se agrupaba detrás de los soldados.

En los Inválidos se habian hecho grandes preparativos. La iglesia estaba tendida de negro; bajo las banderas reinaba una colgadura sobre la cual se destacaban alternativamente las armas imperiales, la cifra del difunto y una corona de príncipe imperial. Cada columna sostenia trofeos y escudos con las armas del príncipe.

Las bóvedas de entrambas naves tenian grandes colgaduras con franjas de plata. Por ambos lados se habian dispuesto tribunas para recibir á las autoridades; en el fondo de la iglesia, detrás del altar, habia un inmenso crespon sobre el cual se destacaba una cruz blanca.

El catafalco se componia de un basamento con un obelisco revestido de negro; por el lado que daba frente á la entrada habia una cruz blanca.

El lado opuesto estaba cubierto con un manto de terciopelo escarlata, sembrado de abejas de oro. Encima habia una corona de oro de príncipe imperial.

Los funcionarios y personas convidadas principiaron á llegar á las nueve, y ocuparon los puestos que les estaban señalados. Todos vestian de gala y con crespon en el brazo; los convidados iban de luto riguroso.

A las once el príncipe Napoleon, acompañado del duque de Malakoff designado por el emperador para asistirle, y seguido de los príncipes y princesas de la familia imperial, con el gran maestro de ceremonias y dos ayudantes, pasó á la capilla ardiente donde estaba expuesto el cuerpo del príncipe Gerónimo, y donde se hallaban reunidas ya las personas que debian preceder y seguir á la comitiva.

El príncipe Napoleon, introducido en el salon fúnebre por el gran maestro de ceremonias, echó el agua bendita.

El gran maestro de ceremonias tomó sobre el féretro las insignias en el orden siguiente: la espada y el baston de mariscal, la condecoracion, el manto y la corona de príncipe, y las entregó sobre almohadones cubiertos de crespon á los oficiales del príncipe difunto.

El féretro fué llevado por los criados del príncipe al salon donde estaban los cien guardias: doce cien guardias le recibieron y le llevaron al carro fúnebre.

M. Fould, ministro de Estado y de la casa del emperador; el almirante Hamelin, ministro de Marina; M. Troplong, presidente del Senado, y el mariscal Vaillant, gran mariscal del palacio, designados por el emperador, llevaban cada uno una borla del carro fúnebre.

El cortejo se puso en marcha por medio de la doble carrera formada en todo el camino por la guardia nacional, la guardia imperial y la tropa de línea.

El carro fúnebre, con un tiro de seis caballos guiados por palafreneros á pié y vestidos de luto, estaba adornado en sus cuatro lados con figuras simbólicas; en los cuarterones negros se destacaban las armas imperiales; las ruedas eran negras y plata; en lo alto del carro se distinguia un grupo sentado de figuras alegóricas de plata, sosteniendo una corona de príncipe imperial de oro; el carro iba cubierto con un dosel de terciopelo negro sembrado de abejas con las armas imperiales.

Detrás del carro iban dos caballeros de la casa del príncipe, conduciendo su caballo cubierto de crespon;

Los oficiales con las insignias del príncipe;  
El príncipe Napoleon y el duque de Malakoff; los príncipes de la familia imperial y los altos oficiales de la corona;

Los ministros; los miembros del consejo privado; los mariscales y los almirantes; el senado; el cuerpo legislativo; los consejeros de Estado; los oficiales generales de los ejércitos de tierra y de mar; un destacamento de los cien guardias; tres coches del emperador con tiros de seis caballos; otros quince coches de luto con dos caballos, etc.

El cuerpo fué recibido en la verja del Hotel por el capellan de los Inválidos y su clero.

El cortejo se adelantó, pasando por en medio de los inválidos formados en batalla, por el patio exterior, el peristilo de Luis XIV y el patio de honor hasta la iglesia, donde fué recibido por el cardenal arzobispo de Paris, á la cabeza de su clero, quien le condujo hasta el catafalco.

Delante del catafalco se colocó el príncipe Napoleon, teniendo á su derecha al duque de Malakoff.

Detrás del príncipe estaban los príncipes de la familia imperial; y seguian los maestros de ceremonias.

En los cuatro ángulos los personajes designados para llevar las borlas.

A derecha é izquierda estaban los asientos del cuerpo diplomático, de los ministros, mariscales, almirantes y altos oficiales de la corona, del gobernador de los Inválidos y de los grandes cruces de la Legion de Honor.

Los cuerpos constituidos tomaron puesto por su orden; los miembros del cuerpo diplomático ocupaban ya sus asientos cuando llegó la comitiva.

Una tribuna del piso bajo á la derecha se habia reservado para las princesas de la familia imperial.

Las demás tribunas estaban ocupadas por las personas convidadas vestidas de luto.

El clero estaba colocado en torno del altar.

Dijo la misa el cardenal arzobispo de Paris, y después del Evangelio, M. Cœur, obispo de Troyes, pronunció la oracion fúnebre del príncipe difunto.

La misa fúnebre fué cantada por los coros del Conservatorio; los solos se confiaron á los artistas de la Academia imperial de música.

Concluido el servicio, el cardenal y sus asistentes rodearon el catafalco, para recitar las últimas oraciones, y luego el cuerpo fué conducido en procesion á la bóveda, donde debia ser sepultado.

La bóveda de la familia del príncipe Napoleon está colocada á la izquierda, al borde de la escalera que conduce á la cripta donde están los restos del emperador Napoleon I. Esa bóveda, de forma redonda, encierra ya los restos del hijo primogénito del príncipe difunto, el príncipe Gerónimo, nacido en 1814, y muerto en Florencia en 1837, así como tambien el corazón de la princesa Federica Catalina de Wurtemberg, mujer del príncipe, muerta en 1836.

Se distingue en la capilla que domina la bóveda una tumba de madera negra de forma muy sencilla que ha sido colocada allí hace algunos años por orden del príncipe Gerónimo, para que sirva de modelo á su sepulcro.

E. T.

### La novela.

La novela es el libro que mas pulula entre todas las clases de la sociedad. Figura en el bufete del hombre de letras, en el tocador de la dama, en la mesa del artesano, á la cabecera del enfermo, en el jergon del mendigo, entre los cuadernos del joven escolar, entre los avíos de costura de la modista, en el taller del pintor, en el museo del estatuario, sobre el piano del músico.

La novela está en todas las casas; es hojeada por todas las manos, vive en todos los corazones.

¿Qué lee con tanto interés, en la soledad de su perfumada alcoba, esa doncella de labios bermejos y megillas frescas y sonrosadas? — Lee una novela.

¿En qué se ocupa ese cazador, que cansado de cazar se sienta al pié de una encumbrada palma cuyo verde abanico columpian cadenciosamente las brisas tropicales? — Se ocupa en leer una novela.

¿Porqué la media noche ha sorprendido á ese joven que al resplandor de una lámpara recorre ávidamente las hojas de un libro? — Porque lee una novela.

Ved esos recién casados que pasan al amor del fuego de la chimenea las largas noches de invierno al rumor de la lluvia que azota los cristales, y de los vientos que se quejan entre los árboles, deliciosas veladas tan gratas al corazón, cuando se paladean las dulzuras de la familia y de la religion del hogar. ¿Qué hacen esos novios? — Leen una novela.

¿Qué lee ese soldado en el campamento al rojizo resplandor de las grandes fogatas, mientras sus compañeros de armas duermen en las tiendas de campaña descansando de las fatigas de la guerra? — Lee una novela.

¿Qué libro es ese que lleva la dama en su seno, el viajero en su maleta, el escolar bajo del brazo, el guerrero entre sus armas, el rico capitalista sobre los cojines de su coche, la jardinera en su cesto de flores? — Es una novela.

La novela es eminentemente cosmopolita, pertenece á todos los países, se escribe en todos los idiomas, es leida con gusto y buscada espontáneamente por todos los hombres, por todas las mujeres.

La novela ejerce un papel importante en la educacion pública, lo mismo en las grandes ciudades que en los puntos mas distantes de los centros de civilizacion, llevando ideas desconocidas á las inteligencias, despertando nuevos afectos en los corazones, desarrollando instintos y sentimientos que antes existieron amortiguados, abordando por último, bajo las formas seductoras, las cuestiones mas abstractas y complicadas.

«La novela no es hoy lo que otras veces — ha dicho con razon un amigo mio: — ahora no se limita á presentar un tejido mas ó menos bien combinado de extrañas aventuras, aspirando por conclusion á deleitar á sus lectores. La novela en nuestros dias ha adquirido proporciones mas colosales. Retrata las costumbres, sin-

teza las épocas, sondea los misterios del corazón, saca á la superficie los vicios mas recónditos de la sociedad, controvierte los mas difíciles problemas, tiende á modificar las opiniones y el estado social de los pueblos, y aun esgrime como arma poderosísima de propaganda política y religiosa. Ejemplo de esto último son las célebres producciones del fecundo Eugenio Sué, y las no menos brillantes del ilustre Wiseman.»

Muchos son los artículos que se han escrito en diversas lenguas y publicado en varias naciones anatematizando y ensalzando este género de literatura.

Sucede con la novela lo que con todas las cosas: tiene su lado bueno y su lado malo, su anverso y su reverso.

Es lo mismo que el teatro. El teatro, tal como debe ser, es la escuela de las costumbres; instruye deleitando, ridiculiza el vicio, corrige los malos hábitos, deifica la virtud. El teatro pervertido, desnaturalizado, es el espejo de la perversidad, es letal veneno en copa de esmeralda.

Yo abogo por la novela en su verdadero terreno, por la novela que es el lado bueno de las cosas, el anverso de la medalla, la libertad bien entendida, el teatro que instruye deleitando y morigera las costumbres.

Yo considero la novela en su verdadero terreno, y así debe considerarla el escritor de conciencia, como la luz sin sombras, como la verdad desnuda de toda ficcion, como un honesto pasatiempo, como una de las luminosas antorchas de la civilizacion, como la púdica doncella coronada de rosas blancas que endulza con su amor el pan de las pesadumbres.

Para el escritor infame, para el escritor que halaga las pasiones, adula al rico y lisonjea al pobre y entusiasmo las masas populares con frases ampulosas para satisfacer su ambicion, es la novela la carabina del bandido, el puñal del asesino, la lúbrica pintura, la flor cuyo perfume envenena, el manantial de la doctrina mas perniciosa y detestable, el cáliz de oro lleno de mortal veneno.

El escritor que siente latir en su pecho un corazón no bastardeado por la maldad; el escritor que se interese por el triunfo de la civilizacion, debe escribir novelas para derramar en todos los corazones, para llevar á todas las inteligencias, aun en los mas ocultos rincones, las ciencias morales y políticas de la moderna filosofía, porque familiarizar á las mujeres, á las clases trabajadoras, á la juventud con la instruccion, es el medio mas fácil de extirpar la ignorancia, la ignorancia que es la causa del envilecimiento, la causa de todos los extravíos, de todas las injusticias, de todos los crímenes.

Si la novela es el libro que mas pulula en todas las clases de la sociedad, si es el género de literatura que mas se presta á la propaganda, el escritor honrado y amante de la ciencia del progreso, debe esgrimir esta arma para combatir el oscurantismo, para generalizar la ilustracion y para romper el pedestal de la ignorancia.

¡Cuánto os debo, oh novelistas! Vosotros me habeis hecho conocer el corazón humano presentándome en relieve las bellezas y deformidades del hombre. Vosotros me habeis hecho olvidar los errores del mundo moral con las immaculadas hermosuras de vuestras fantásticas creaciones. ¡Ojalá al querer ser novelista como vosotros, logre oír mi nombre cariñosamente pronunciado en el taller y en la boardilla por los sonrosados labios de las jóvenes!

JULIO ROSAS.

### CUENTOS FANTÁSTICOS

ESCRITOS EN ALEMÁN

POR ERCKANN CHATRIAN.

CRISPINUS Ó LA HISTORIA INTERRUMPIDA.

I.

La víspera de San Teodoro mi anciana y buena sirvienta Gredel quiso hacerme un obsequio delicado; ella conoce mi flaco por el johannisberg, y aun á veces me riñe porque se figura que es mi única pasion en el mundo; pero se engaña, pues tambien á ella la tengo mucho cariño.

Al volver de la taberna donde mis amigos habian celebrado dignamente mi cumpleaños y al abrir la puerta de mi antigua casa de la calle de Capuchinos... ¿qué es lo que veo sobre mi mesa?

Un bonito cántaro lleno de vino, con el cuello largo como el del cisne, el vientre muy repleto y coronado con un hermoso ramo de margaritas.

Tomando el ramillete y le estrecho sobre mi corazón exclamando:

— ¡Oh Gredel... Gredel!... ¡alma antigua, buena y hermosa criatura!... ¡No puedo manifestarte ahora mi entusiasmo... sin duda estás durmiendo porque ya es tarde... pero te admiro y hago votos por tu felicidad!... Luego examino el contenido del cántaro: era johannisberg... rico johannisberg rancio del año XXXIV.

Entonces mi ternura llegó al colmo... Derramé lágrimas generosas, y me prometí recompensar á Gredel con unas cuantas varas de cinta de color de rosa, una basquiña de lana de mucho abrigo y un par de zapatos nuevos.

Entre tanto quise hacer honor á su regalo; levanté el cantarillo respetuosamente, le llevé á mis labios.... y luego, en medio de un sosiego inalterable, encendí mi pipa y corté mi pluma.

Habéis de saber, queridos amigos míos, que yo necesito el silencio y el recogimiento para escribir; el ruido de una carreta, el chasquido de una ventana, el grito gangoso de un vendedor callejero me sacan de mis casillas.

Si me dejara llevar de mis intenciones, sería capaz de degollar al viejo judío Isaac, que dos veces por semana viene á decirme si le quiero comprar un par de tirantes.

Mis nervios se crispan... y me daría á todos los días.

Pero en la noche... ¡oh!... ¡qué felicidad!... ¡Qué quietud tan dulce!... Ni un soplo, ni un murmullo me interrumpen.

Sentado en medio de mis libros en el vasto aposento del piso bajo, con la cabeza en las manos y el codo sobre la mesa... paso largas horas entregado á mis meditaciones.

La puerta de la calle está bien cerrada y la vuelvo la espalda. Delante de mí se abre la cocina sombría... veo á la derecha la boca del hornillo cerrada con una placa de metal... la piedra de la chimenea con leños apagados... y debajo del horno un hueco donde Gredel arroja las cenizas... A la izquierda está la escalerilla de caracol, y debajo la puerta de la cueva.

Todo esto alumbrado vagamente por mi escasa luz; la sombra se adelanta, retrocede, y yo me río en mi interior de esa lucha incesante de la luz y las tinieblas.

En fin, por los cristales del ventanillo del fondo descubro la choza del corral cuando hace luna, y á su lado el monton de gavillas de leña salpicadas de luz blanquecina.

Hé ahí mi única perspectiva... lo único que necesito yo para el trabajo.

Mientras el grillo escondido detrás de la estufa de hierro canta su queja melancólica, yo dejo correr mi pluma al antojo de la inspiración.

A veces escribo historias chistosas... y otras las escribo terribles; esto depende del tiempo que hace, de las personas á quienes he encontrado, y preciso es confesarlo, de lo que he bebido en la noche con mis amigos.

Además, no cuento otras muchas causas que sería muy largo enumerar.

Pero lo que prefiero ante todo es lo fantástico.

Deciros, verbigracia, el placer que experimento en contar los desposorios del diablillo Hawitz, que se divierte en tender redes sobre la yerba para coger gusanos de luz, sería imposible.

Los detalles se agolpan en mi imaginación sin esfuerzo, sin fatiga... brotan como de una fuente... toda la boda desfila ante mis ojos; yo la veo... y la sigo.

Primero van los altos señores de la corte en traje de toda gala... los príncipes y las princesas, los favoritos y las favoritas haciendo su entrada triunfal bajo el domo de la campanula violeta... La orquesta de los grillos en anfiteatro en el salon del palacio de musgo... las pompas de las tres cigarras con mantos verdes, puestas en jarras, soplando á mas no poder en sus instrumentos de esmeralda para convocar á las poblaciones que están lejos... El paseo nocturno bajo las girándulas de rocío que reflejan las estrellas en la inmensa avenida de perejil y de sandalo... el movimiento de los penachos... la agitación de los abanicos... el corte de las casacas... la escarcha diamantina de los aderezos...

Luego, la vuelta al palacio... el gran maestro de ceremonias gritando: — «¡Silencio!» Las seis falenas-antorchas de pie entre las columnas del peristilo y adornadas con sus cascos negros... el capricornio proclamando los desposorios, los bravos de la muchedumbre, los murmullos lisonjeros de los cortesanos...

En suma, nada se me olvida, y de tiempo en tiempo levanto el jarro pintado de flores que mi vieja Gredel tiene cuidado de llenar de rica cerveza todas las noches.

El silencio es tan profundo, que suelo oír el trotecillo del raton entre la leña seca...

A fuerza de escribir, de fumar y de beber, mi espíritu adquiere una lucidez espantosa. Los objetos se cubren ante mis ojos de una luz indefinible, y ¡cosa singular! hasta me sucede que veo desfilar en realidad las quimeras de mi espíritu...

Ahora bien, en la noche aquella estaba inspirado, y planté en una hermosa página de papel blanco este título:

«HISTORIA MARAVILLOSA DE LA FLOR AMARILLA Y DEL HUSAR DE LA MUERTE.»

Y despues comencé en estos términos la extraña relación de mi amigo Sathaniel:

«En 1810, el mismo año en que Karl Sand asesinó á Kotzebue, era yo alférez en el regimiento de húsares de la Muerte, que entonces estaba de guarnición en Maguncia.

No lejos de esta ciudad en las montañas del Hundsruck, se elevan las ruinas de Triefels... De toda la llanura del Palatinado se descubren cerca de las ruinas de Geierstein que coronan un peñon cercano. Son antiguos castillos de emboscada destruidos por Turenne en 1673... tristes restos corroidos por el musgo y la yedra.

Yo iba con frecuencia á Triefels, subiendo por las

hermosas selvas del Bergstrasse. No me llevaba allí el sentimiento poético ni el gusto por la soledad, sino un capricho singular y terrible del que debo dar cuenta.

En medio de una de esas torres ruinosas se encuentra á flor de tierra un pozo de unos veinte piés de anchura y profundo como la montaña. Echando en él una piedra se la oye resonar contra el muro durante algunos segundos; el ruido se va debilitando por la distancia, hasta que por fin se pierde.

El atractivo del misterio y quizá del peligro me llamaba á mí á ese lugar; yo me acercaba al pozo, y me asomaba á contemplar una flor grande y amarilla que habia echado raíces á pocos piés de la boca.

Esta flor tenia algo de extraño que me cautivaba... Habría querido cogerla para mirarla de cerca... pero siempre en el momento de intentar un movimiento aventurado para alcanzarla, me parecia oír voces lejanas en el fondo del abismo...

Un aire frio y húmedo me daba en el rostro y me helaba hasta la medula de los huesos.

Entonces, como atontado por haber estado mirando tanto tiempo, me quitaba del pozo, y me ponía á respirar el aire exterior, y admiraba la luz deslumbradora del día, la verdura, las zarzas, las ortigas y la montaña que se destacaba en el azul del cielo.

Primero me alejaba de la ruina á paso lento, como retenido por muchos lazos que se iban rompiendo uno á uno; y luego sintiéndome libre, me lanzaba por la escarpada cuesta.

Mi vista estaba oscurecida por las lágrimas, y exclamaba:

— ¡No, no volveré nunca!

Y de este modo regresaba á mi cuartito de la calle del Arsenal, saludando á los amigos, á las ventanas y á las casas, como si hubiese escapado de algun peligro.

Los médicos han discutido mucho sobre la locura, cuestion ambigua ante la cual retrocede la inteligencia sobrecogida de espanto.

Desde el *delirium tremens* en que el enfermo se arroja de su lecho á cuatro patas, corre por el suelo y se imagina coger ratones... hasta la sensación fugitiva que atraviesa el espíritu como un rayo y os hace coger una mosca fantástica... las variedades de la locura son innumerables.

Que se atribuya este estado de obsesión á la materia, como el médico... ó que se atribuya á la intervención de las potencias ocultas, como el poeta y el místico: ¿qué importa?... El libre albedrío está perdido, la voluntad sucumbe, y no sois mas que el instrumento ciego de una fuerza irresistible.

Tal era, preciso es confesarlo, el estado de mi espíritu en aquel tiempo; una melancolía profunda habia reemplazado mi buen humor y me dominaba completamente.

Una vez encerrado en mi cuarto y bien resuelto á no poner mas los piés en las ruinas, habria podido creerme libre de esa tiranía del sentimiento; pero al cabo de pocos días la atracción se hacia sentir... Yo trataba de distraerme con la lectura de Puffendorf... ¡imposible!

De súbito la flor amarilla me aparecía... estaba allí... en la sombra... la veía...

El libro se caía de mis manos, y con la boca y los ojos abiertos la contemplaba como en un sueño.

Deciros lo que esa vista me horrorizaba sería superior á mis fuerzas...

Un sentimiento de terror helaba mi sangre... habria querido levantarme... pedir socorro; pero me hallaba clavado en mi sillón, y cuando gracias á un esfuerzo supremo podia exhalar un suspiro... ¡todo desaparecía!...

Entonces aniquilado y sin aliento, pero aliviado de un peso enorme, pasaba la mano por mis párpados ardientes y murmuraba:

— ¡Sin embargo, tendré que volver al pozo!...

Y al otro día, que lloviera ó que hiciera sol, despues de haber llenado mi servicio, estaba en camino... no para ir á Triefels, sino para pasearme en torno de la ciudadela, para respirar el aire del campo.

No obstante, apenas habia llegado al sendero de Bergstrasse, sin saber cómo, echaba á correr hácia la montaña, y me reía como un loco... pensando en la flor amarilla...

Una curiosidad inmensa me llevaba hácia el abismo. Por fin, jadeante... y con el corazón latiendo fuertemente... me encontraba cerca...

Entonces me detenía un minuto, mirando de lejos las tinieblas de la torre y diciéndome:

— No iré.

Pero era demasiado tarde... ¡habia que marchar sin remedio!...

Y llegaba temblando; mis dientes se entrechocaban... vacilaban mis piernas... ardía de fiebre... un sabor amargo se extendía por debajo de mi lengua y hasta en el fondo de mi garganta... luego mis ojos se acostumbraban á la oscuridad... descubría la flor... sin alegría, sin amor, pero con un deseo espantoso de poseerla.

Debajo el golfo sombrío, tenebroso, se abría como para tragarme... pero ni lo reparaba... yo no le veía...

Apoyado en la pared con las manos cruzadas á la espalda y adelantados los piés, miraba y miraba la flor amarilla.»

II.

A este punto de la *Historia de la flor amarilla y del húsar de la Muerte* llegaba yo, y debia principiar á

contar cómo Crispinus, el guardian de los tesoros enterrados por los avaros, se habia aparecido á mi amigo Sathaniel bajo la forma de un lagarto verde, cuando al sacudir las cenizas de mi pipa... veo enfrente de mí sobre la piedra de la chimenea... nada menos que al mismo Crispinus.

Ya sabéis que la forma ordinaria de Crispinus es la de un conejo blanco.

Hallábase sentado en medio de las tinieblas; á su izquierda en la sombra, habia una escoba y unas tenazas.

Su silencio era profundo y clavaba en mí sus ojos con una atención singular... sus largas orejas se elevaban y se bajaban alternativamente.

Figuraos mi estupor.

Al punto me dije que Crispinus venia para impedirme que revelara al mundo lo que Sathaniel me habia contado de su malicia verdaderamente diabólica, y confieso que esta idea me estremeció hasta lo sumo.

No podriais imaginar la extraordinaria inteligencia que se pintaba en la mirada del maldito. No creo que ninguna mirada humana posea semejante penetración, ni una finura tan sutil.

Evidentemente trataba de juzgarme y de conocerme.

Unas veces me miraba de cara... entonces su cabeza estrecha y alta se parecia á la frente de un diablillo con cuernos...

Otras me observaba con un ojo no mas... y entonces su perfil tomaba un aire de candor sorprendente.

Pero yo adivinaba su astucia.

De cuando en cuando pasaba rápidamente sus patas sobre sus bigotes como hacen los conejos; pero esto lo hacia para engañarme.

Yo permanecía inmóvil y le miraba, no sin aprensión, pero bien resuelto á resistirle si es que él me atacaba abiertamente.

— Crispinus, me decia yo, por mas que bagas, no me impedirás que revele al mundo las cosas que Sathaniel me ha dicho de tí... Porque otros tiemblan y encomiendan su alma á Dios al ver tus ojos encendidos... ¿piensas que me das miedo?... No lo creas; Teodoro conoce sus deberes, y todas las potencias infernales no conseguirán que deje de cumplirlos. Si, vuelve la cabeza y meneas las orejas... todo eso me importa poco... ¡Ah! Ya no engañarás á nadie para llevarle á los abismos, con tus historias de tesoros enterrados en antiguas cisternas... yo te respondo de ello.

La sombra que le rodeaba favorecía su táctica; agitando en medio de las tinieblas pensaba fascinarme, pero gracias al cielo, yo estaba alerta.

Sin embargo, á fuerza de mirarle, mis ojos se turbaban, y tuve que sacar el pañuelo para enjugarlos.

Crispinus que no esperaba mas que un segundo de distracción, partió al galope hácia mí con la cabeza baja, el lomo en el aire y el rabo levantado.

Yo pude oír su paso veloz, y como no esperaba un ataque tan atrevido, salté de la silla lanzando un grito terrible...

La silla rodó por el suelo... y la vela cayó sobre la mesa aunque sin apagarse.

Yo acababa de levantarla con cuidado, cuando apareció Gredel en paños ligeros y recogiendo bajo su papalina las largas mechas de su cabello cano.

A la vista de su buen semblante, mi corazón se desahogó algun tanto.

— ¡Dios mio! exclamó, ¿qué es lo que pasa?

— Aquí está Crispinus, la respondí sudando á mares.

— ¡Qué locura!... Seguro que habreis bebido con exceso.

Esta reflexión me sorprendió... Eché una mirada á la mesa, y ví que efectivamente el cantarillo estaba vacío.

— ¡Pues no habia caído en ello!...

Y miraba á Gredel con aire estupefacto... cuando Crispinus saltó de repente entre mis piernas y desapareció bajo el hornillo como un rayo.

— Ahí está... dije yo; ¡se esconde en la ceniza!...

Pero Gredel, lejos de espantarse, metió el brazo en el agujero hasta el hombro, cogió al animal de las orejas, y luego enseñándomele con aire vencedor:

— ¡Ja, ja, ja! ¡mi conejo!... exclamó, en tanto que sus grandes dientes amarillos, anchos como teclas de piano, aparecían detrás de una inmensa carcajada... Le he comprado para celebrar vuestro cumpleaños, y mañana le pondré en el asador... ¡Ja, ja, ja!

Esta explicación no me pareció natural.

Recordaba que Hazelnoss en su *Demonología comparada*, afirma haber visto un Kobold, perseguido de cerca, transformarse súbitamente en gato negro, y no dudaba que Crispinus hubiese seguido la misma táctica: viéndose á punto de ser cogido, se habia endosado la venerable fisonomía de un verdadero conejo.

Esto me pareció evidente; pero por no asustar á Gredel no quise decir nada, y hasta fingí reirme de mi propio terror.

Por lo demás, la premura de mi anciana criada para socorrerme, me habia conmovido. La dije cuánto agradecía su regalo, la di dos besos en sus mejillas, y luego se subió á su cuarto.

Cuando hubo salido quise continuar la *Historia maravillosa de la flor amarilla y del húsar de la Muerte*; pero la inspiración se habia desvanecido; el pájaro azul habia volado.

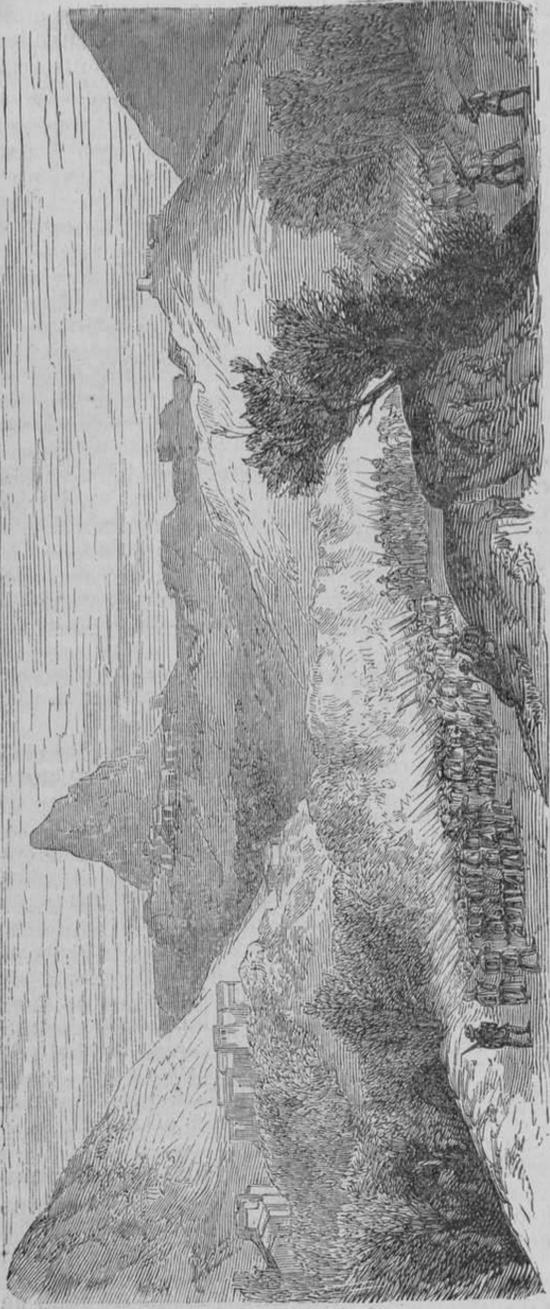
Quise escribir, pero no hice mas que dormirme enfrente de mi vela, con la nariz sobre la mesa y la pluma en la mano.

¡Respeto al valor desgraciado!

FIN DE CRISPINUS Ó LA HISTORIA INTERRUMPIDA.

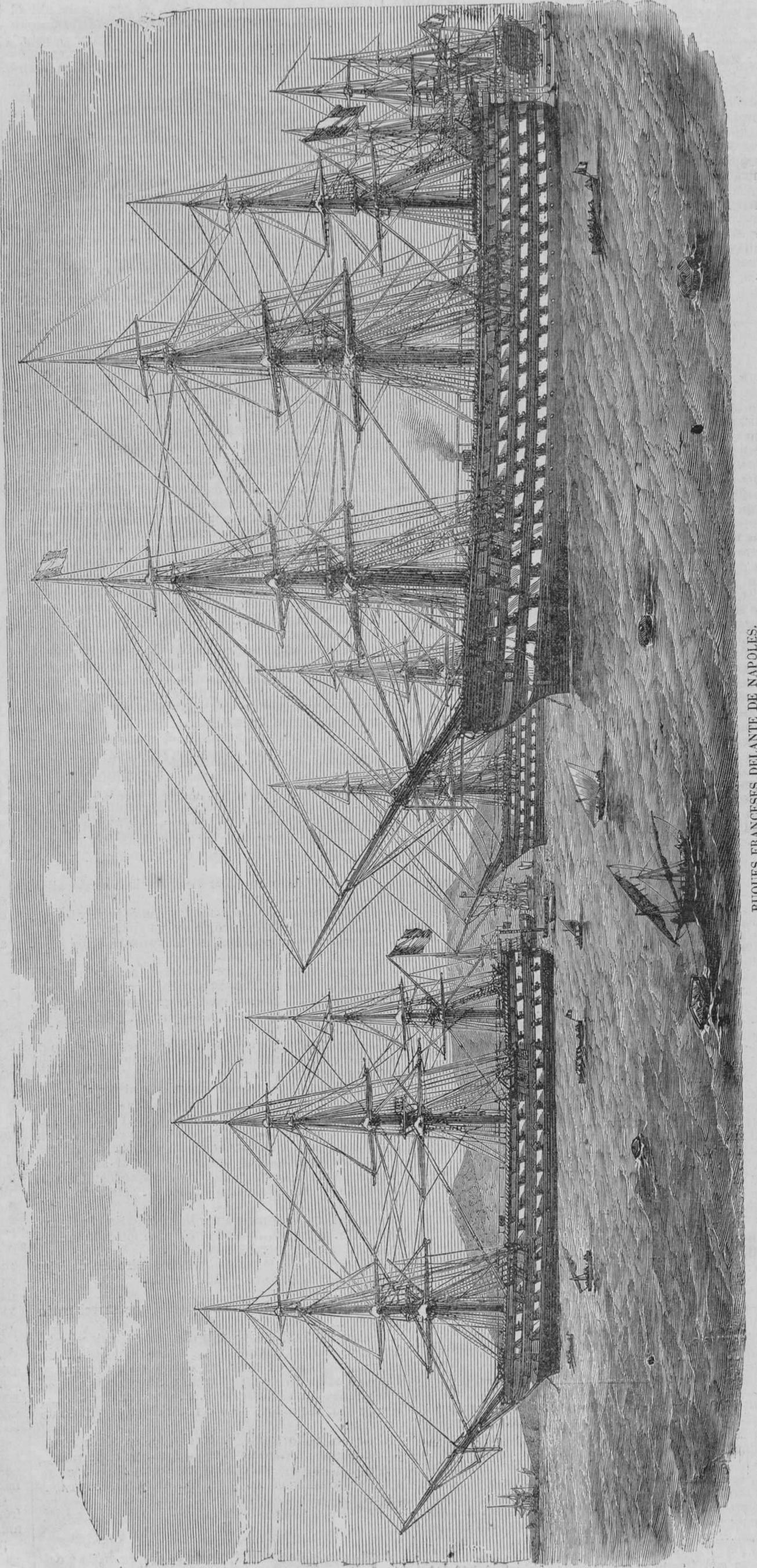


MONTE-PELEGRINO, cerca de Palermo.



CALTANIZETTA, capita de provincia.

(SICILIA.)



BUQUES FRANCESES DELANTE DE NAPOLES.

**La heroína de Catania.**

Catania ha sido en estos últimos días el teatro de una lucha sangrienta entre las tropas napolitanas y sus habitantes; de Sicilia hemos recibido el retrato de una mujer llamada Giuseppina de Barcelona, que se ha conducido en esa pelea con un valor heroico. Despues de haberse batido al arma blanca durante una parte del día, logró apoderarse de un cañon, y le sirvió con la mayor destreza para ametrallar al enemigo. Esta jóven marcial es conocida hoy con el nombre de la Heroína de Sicilia.

P. P.

**Estudios filológicos.**

La *Revue des deux mondes* anuncia al mundo literario una novedad de alta importancia que merece grandísima consideracion. Segun se ve por un artículo de este periódico, está saliendo á luz una obra *Les origines indo-européennes ou les Aryas primitifs* por A. PICTET, en que M. Pictet, hombre por lo visto de grande afición á los estudios filológicos, trata de reconstruir una lengua anterior á las mas antiguas conocidas, y verdadera y única madre de todas ellas, en la cual por otra parte se descubrirá un pueblo *prehistórico* con su antehistórica fisonomía. Como desde luego se advierte, el asunto debe considerarse erizado de dificultades, y el triunfo para la ciencia, siendo sólido, sería muy trascendental. Vamos pues á consagrarle algunas observaciones, esperando no se nos achaque á irreverencia, á nosotros humildes aficionados de provincia, el hacer réplicas fundadas á un periódico de tanta fama, puesto que así y todo justificamos su título desde este extremo del mundo antiguo.

Con esta salvedad ingenua, fijaremos ya la indicacion, y apenas nada mas que la indicacion de nuestras observaciones, porque hasta ver si logramos hacernos con la obra, no podríamos tampoco hacerlas amplias. Nada tenemos que decir, á no ser que sean elogios

GIUSEPPINA DI BARCELONA, LA HEROINA DE CATANIA.



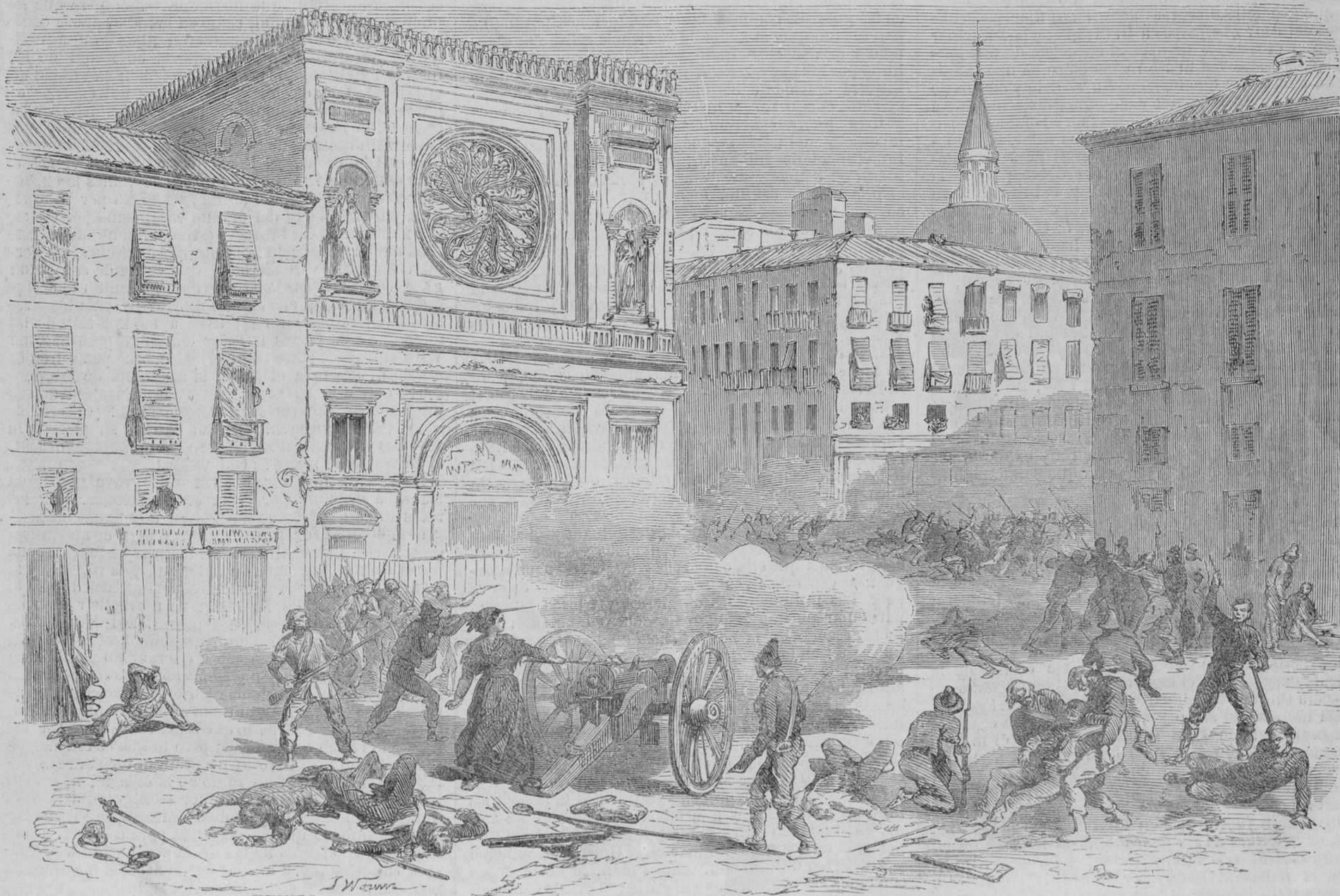
entusiastas sobre el pensamiento de M. Pictet. Su empresa en general nos parece laudabilísima, y sus esfuerzos muy dignos del reconocimiento de todos los amigos de la filología y aun de la humanidad. Los fines que se propone, segun su palabra, que estamos obligados á creer, y en la que con gusto creemos, aparecen

poco congruente por cierto: *Les mots durent autant que les os, et de même qu'une dent renferme implicitement une partie de l'histoire de l'animal, un mot isolé peut mettre sur la voie de toute la série des idées qui s'y rattachaient lors de sa formation.*

Por mas que se conceda al valor retórico de esta com-

tambien nobles y juiciosos cuando dice que no comprometerán los resultados de la verdad de las tradiciones bíblicas. ¿Porqué lado pues se hace merecedor de observacion? ¿Porqué la merece aun mas la *Revue*? Lo diremos sin ánimo de faltar. El autor de la obra, como sucede á los genios que se entusiasman demasiado cuando creen haber hecho un descubrimiento, nos parece que peca por ilusion, y por seductora ilusion creemos tambien que peca el articulista, no al encomiar á un autor benemérito, sino al fundarse en datos no seguros para entregarse á augurios halagüenos y esperanzas que solo puede hacer disimulables una ardiente fe en la ciencia y una pasión vehemente á los buenos estudios. No pretendemos hacer alarde de sensatez y maduro miramiento: si hemos heredado esta prenda de nuestro carácter patrio, lejos de envanecernos, servirá solo para hacernos dar gracias á la Providencia por haber nacido en esta querida España.

Bien quisiéramos justificar nuestra censura con largos trozos del escrito, pero no queremos ser pesados. Copiaremos poco y razonaremos brevemente. El autor se propone reconstruir una lengua madre del sanscrito y del zeud, lenguas entre las cuales se revela una fraternidad muy visible, estableciendo comparaciones seguidas por los ramales de ambas hasta llegar al descubrimiento de la radical comun. Su plan está indicado en las siguientes palabras que traslada la *Revue* aceptando la alegoría que desde luego rechazamos por impropia, porque la idea precisa de un asunto no debe expresarse por alegorías ni locuciones metafóricas ocasionadas á inexactitud y alarmantes para la imaginacion. Dice pues adoptando la imagen de los fósiles, de suyo



RASGO HEROICO DE GIUSEPPINA DI BARCELONA EN LA PLAZA DE LOS CUATRO CANTONES EN CATANIA.

paracion, siempre se nos figura que queda lo bastante para descubrir que el autor toma una marcha harto expuesta por el campo de las ilusiones. En ella se revela que hay confusion de principios en el orden físico, intelectual y moral. Aunque se tolere la analogía en su línea del hueso y la palabra, ¿es acaso tan general y positivo que por el diente fósil se reconstituya el cuerpo y se forme la historia del animal? ¿Cuántas dudas! ¿Y cuántas veces habrá ido el fragmento del cordero á servir al esqueleto tal vez de la armazón del lobo! Si aun en las especies perdidas poco tiempo ha, como el Dronco ó Docto, que aun vivía á principios del siglo XVII, cuesta trabajo armar los despojos que han de figurar en los museos, ¿cuánta mas dificultad no se experimentará con las especies antiquísimas desconocidas? Y aunque se adivine la formación, ¿cómo se advina el genio, el carácter especial? Podrá deducirse algo sobre sus instintos, si eran ó no voraces, si eran ó no fieros ó mansos; pero el modo de desplegarlos, la astucia, ó la violencia, ó la torpeza, ó la mansedumbre, si domina la sagacidad del zorro, del conejo y la liebre en la fuga, por ejemplo, todo eso que constituye el carácter especial del animal, quedará muy expuesto á error y dejará, por consiguiente, expuestísima su historia. No; un procedimiento geométrico dará en una buena parte de casos un resultado ventajoso en el orden físico, dará también fundamento á razonables cálculos en el orden instintivo, pero rara vez llegará á la satisfacción tranquila en el retrato del animal, por falta de datos y medios de inquisición que en este punto es difícilísimo, cuando no imposible allegar. Interrogad si no á ese mismo M. Cuvier, á ese gran genio de la geología que supo encender una esplendente luz en el seno mismo del caos, y por sus trabajos, bien lo veis, bien debisteis verlo, os asegurareis de que el estudio de los fósiles está todavía muy embarazado para contestar á tan importantes preguntas. Sentar pues que se va á proceder á la reconstrucción de una lengua á la manera que en el estudio de los fósiles, viene á decir que se lanza el autor á la empresa con ideas un tanto erróneas y navegando en un mar de dudas, lo cual á la verdad no es garantía para augurios tan felices como los que han exaltado su ánimo.

Pero si la primera parte de la comparación flaquea, es todavía mas extraña por la falta de analogía entre las partes comparadas. Aquí es donde chocan visiblemente los principios mas claros. Supongamos que es cierto, incuestionable, todo lo que se asegura de los fósiles; ¿hay acaso fundamento para componer, arreglar tan minuciosamente por una medida y un procedimiento semejante, los fenómenos del orden intelectual y moral, y sobre todo los fenómenos especialísimos de las lenguas que tienen por suprema ley el variabilísimo uso dirigido por una complicada serie de complicadísimos resortes? ¿Dónde está, desearíamos saber, la base para apoyar ese trípode del uno al otro orden, y por qué geométrico compás lograremos fijar las ecuaciones del uso? ¿Le parece á M. Pictet que podrá armar allá en el caos de los tiempos el esqueleto de una lengua cuyos restos vea mas ó menos claro en una infinidad de lenguas, y que luego podrá vestirlo y adornarlo con aquella aptitud genial y aquella gracia distintiva que le fué propia en vida, y poner en sus labios la palabra que habló con su facundia, sus sales, sus chispeantes agudezas, sus notas características perfectamente trazadas, á la manera que él creyere que podría trazar el esqueleto de un animal y cubrirle con su piel y su color, y presentar la historia de sus voracidades, de sus instintos, de su carácter? ¿Quién le prestará un Homero, un Virgilio, un Dante, un Lope de Vega, uno siquiera de esos genios, que levantando de la oscuridad el tipo de la ante-histórica nación, le muestra no mas que entre luces dudosas las grandezas, las glorias, las virtudes, los vicios, los conocimientos, las instituciones del pueblo que hablara esa lengua fósil? ¿Formará él acaso todo ese cuerpo de civilización con un compás parecido al que emplea en el cuerpo del animal cuyo diente pudo hallar? No; no podemos menos de confesar que nuestra pobre inteligencia descubre aquí una lamentable confusion en el uso de los principios distintos que rigen en las distintas ciencias, y que por consiguiente vemos muy expuesto por este lado á M. Pictet en la empresa que con laudabilísimo entusiasmo se ha propuesto.

Pero el acoloramiento de la *Revue* nos sorprende todavía mas, aprobando la comparación con que expone su idea y su plan M. Pictet; el articulista en su alborozo exclama con el Evangelio: *Erunt novissimi primi, et primi novissimi*, metiéndose en las honduras de la Gracia, y aplicando á las naciones en sentido temporal un texto tres veces repetido en aquel libro sagrado para explicar ó revelar los misterios del orden sobrenatural y las peripecias que se verán en el juicio postrero. Perdonándole no obstante este olvido de la sagrada exégesis que el escritor como buen francés reconocerá sin duda con solo hacer aplicación á la Francia, que si hoy, segun sus hijos, es la primera en el orden temporal, mañana seria la última, ó si en el mundo fuese la primera, en el final juicio seria la postrera; perdonándole, si, en obsequio á su cristiano contento, examinaremos el fundamento de las palabras siguientes:

*On pourra juger, dice en fin hablando del pueblo fósil, de la nature de ses impressions et de ses idées... quelles étaient ses joies... peines... espérances... qu'il aime et redoute... Enfin, par induction on arrivera á percevoir nettement sa physionomie... L'être fossil retrouvera ses muscles et sa chair, se recréera de sa*

*peau, et il se montrera debout dans la perspective lointaine des siècles reculés.* La opinión que se expone en estas expresiones se halla consignada casi de una manera idéntica por M. Abel Remusat en la obra *Recherches sur la langue tartare*. Acaso el articulista, alarmado con la autoridad de este célebre filólogo, se entregaria sin muy atento examen á tan bellas esperanzas. Pero como quiera que hablase ó no sobre este tan respetable apoyo, que en sí mismo es condicional (porque no se referia Remusat á esta ó aquella obra, sino al descubrimiento de la lengua primitiva que en caso de ser auténtica daría los resultados que indicaba), aplicarlo al plan de M. Pictet con una formalidad tan severa, es por cierto una ocurrencia sospechosa. ¿En qué se funda esa vision que quisiéramos tener? Veamos, pero no la alcanzaremos.

Digase lo que quiera de nuestra franqueza, no hallamos todavía tan claro el misterio inmenso del Oriente, para que pueda despejarse esa lengua primitiva, cuya existencia está sin embargo bien probada; ni creemos tampoco que un solo hombre por extraordinario que sea, pueda recoger todos los rayos de luz que la ciencia ha esparcido, no en vocabularios solos, sino en infinitos tratados sobre la materia. Pasa de medio siglo que, habiéndose empeñado los mas grandes sentimientos del hombre, genios privilegiados están haciendo estudios sobre el Oriente y levantando, es cierto, de allí una nueva aurora de luces que anuncia claros días á la ciencia. Pero ¿hemos salido acaso de la aurora? ¿Medio siglo es acaso bastante mañana para la aurora de la ciencia oriental? A la verdad no lo esperamos. En ese medio siglo se han sentido tantos sistemas, tantos planes, tantos descubrimientos de poca vida, que aun las verdades nuevamente allí descubiertas teme uno verlas oscurecer ó tal vez desaparecer con nuevos ó mas confusos descubrimientos. ¿Qué se ha hecho de las célebres épocas de la India? ¿qué de los primeros arcanos allá supuestos? ¿qué de las primeras teorías sobre la escritura uneiforme? ¿qué del primer sentido dado á los símbolos?... ¡Ah! Baylli cae bajo el peso científico de Laplace, y Laplace bajo el de la sociedad asiática, y Voltaire se rie de las tradiciones antiguas, y su escuela se rie, y un siglo casi entero de grosera filosofía (si así vale decir) se rie sin discernimiento, y la carcajada inmensa es sofocada por una inmensa ignominia que le echan encima descubrimientos nuevos.

Véase pues por qué no creemos todavía aclarado suficientemente el misterio de la primitiva aurora de los siglos para descubrir la lengua única hablada en la mañana de los tiempos. Pero no por eso negamos que se hayan hecho grandísimos trabajos y gloriosísimas conquistas, del conjunto de las cuales justamente deducimos la imposibilidad de un solo hombre para utilizar todos los materiales que sin grave riesgo no pueden desestimarse. Ciertamente en este medio siglo, á pesar de las guerras, conmociones y revoluciones de raiz, no parece sino que el genio de la ciencia quiso dar á entender que le eran indiferentes los acontecimientos humanos mas adversos. A juzgar por la filosofía de la historia aplicada á las épocas de trastorno y de sangrientos choques, este medio siglo deberia ser de ruda y fiera ignorancia. Sin embargo ¡cuántas obras del ingenio y del genio! ¡qué brillantes estudios! ¡qué inmensidad de trabajos! ¡qué heroísmo científico y literario! Concretándonos á las obras que hacen relación á nuestro asunto, al apuntar los fulgores de la ciencia, españoles, vemos á un español, Hervas y Panduro, atesorar un caudal precioso que sirve aun hoy de mina á los mas delicados etnógrafos; y desde entonces, ¿quién es capaz de contar y mucho menos de poseer las inestimables obras que vinieron á avivar la luz del fanal que se levantaba en Oriente? Todos los sentimientos, todas las glorias y hasta los mas grandes vicios y los mas grandes errores, se disputaron la palma. Mártires de la religion, los misioneros; mártires de la ciencia, los viajeros; mártires de la secta, los filósofos; mártires de la avaricia, los comerciantes; todas las virtudes heroicas y todos los vicios heroicos se alzaron con brevísimo esfuerzo para esclarecer las riquezas orientales que pudieran conducir á sus fines respectivos: ¿Y un solo hombre pondrá á contribucion todo eso, esos millones de tratados, ó se pasará sin ellos para reconstruir la lengua primitiva con sus dispersos elementos?

Pero no tenemos espacio ni es este lugar propio para consideraciones generales. Vengamos ya á la prueba determinada que eligió la *Revue* para sostener sus halagüeñas esperanzas. Parécenos que no pudo elegirla peor. Las innumerables opiniones y teorías sobre el particular pueden reducirse á cuatro escuelas: Primera, escuela de la *no existencia* de la lengua madre única; segunda, escuela de la lengua madre única; tercera, escuela fracción de la anterior que busca la afinidad en los vocablos, ó sea la comparación léxica; cuarta, escuela segunda fracción de la segunda que busca las relaciones en la gramática ó sea en la comparación gramatical. La primera tiene muy pocos partidarios, y esos escépticos, á lo que parece; la segunda, es general en el mundo sabio; á la tercera, propenden los franceses (de que da claro testimonio la *Revue*), los ingleses y los rusos; y á la cuarta, se inclinan los alemanes, teniendo sobre todo el valor científico, la alta potencia de dos genios inmortales, Guillermo Schlegel y Guillermo d'Humboldt. Ahora bien, la *Revue* choca con todas esas escuelas, y sin embargo ofrece un resultado seguro.

Veamos:

En comprobación de sus asertos, cita en una porción de lenguas, que no nombramos por abreviar, la palabra que en ellas significa el invierno, formando la colección siguiente: *hima, zima, zam, zamistan, zimistan, zimesstam, zevastan, zemei, zimay, zima, hiems, zem, zemazima, sima*. ¿Qué hallamos en esas palabras? Apelamos al juicio de los hombres familiarizados con las lenguas; ahí hay onomatopeya, esas palabras son imitativas y es natural que lo sean. El invierno ejerce una acción harto larga y constantemente incisiva sobre la mayoría del género humano: quizá no hay idea en que sea mas lógica la expresión imitativa, reconocida por todas las lenguas como principio. Pero ahí están las palabras mismas. La *h* la *z* y la *g* y *j*, expresan claramente la aspiración y soplo que nos produce el frío; la *m* sobre todo y la *n* expresan el temblor de los labios; y la *i*, que domina degenerando en *e*, que antiguamente y aun ahora le es muy próxima en sonido, expresa admirablemente en la contracción que sufrimos y el agudo *hui* que nos arranca la impresión de un día crudo. Si se atiende á la clasificación de las letras y á la formación de la voz, esto no vemos que pueda tener réplica. Confirmaremos, sin embargo, la idea, poniendo á la vista la teoría del sabio orientalista español Orchell, publicada por el señor García Blanco, filólogo de gran valía, bajo la figura de un triángulo, cuyos vértices tocan *a* á la garganta, *i* al paladar y *u* á los labios.

Pronúnciese la *i*, y se verá que es el punto mas alto de la escala y el efecto de la contracción mas estrecha del órgano vocal; la *e* le anda cerca y forma grado; la *a* es próxima á la aspiración gutural, y la *u* donde suena la *m*, que es en los labios, traza el sonido sordo con que es por ellos modificado, imita el efecto del frío. Examinense pues esas palabras en todo su valor fónico-ideológico, y la imitación tal cual puede y suele hacerse por el aparato vocal quedará patentizado.

Y bien: ¿qué contestará con eso la *Revue* á la primera escuela que cabalmente se apoya en el principio de la onomatopeya para sostener la *no unidad* y la *no existencia* de la lengua primitiva que el articulista sostiene? ¿qué contestará á las dos fracciones de la segunda escuela? ¿que acepta parte de la primera y al mismo tiempo quiere pertenecer á la segunda y marchar por un ramal de la tercera? Pues estas dos le rechazarán, porque no querrán partidarios que den armas á la escuela primera, y puesto que á la cuarta no quiere pertenecer, hé ahí á la *Revue* separándose de todas. ¿Pudo estar mas desgraciada en su elección? No por cierto. Su distracción la lleva á buscar palabras imitativas que contrarrien su plan. Esas impresiones, gozos, penas, amores, miedos que creen ver descubiertos en su fósil lengua podrian muy bien, como sucede en las lenguas, expresarse en gran número de palabras imitativas, y los partidarios de la escuela escéptica le dirian, que no habia razon para que no pudieran formarse aqui, como en la India, ahora como en la antigüedad, puesto que eran hijas de una inclinación natural, y de la semejanza de acción de las fuerzas fonéticas, que en nada probaban la unidad de la radical. Con efecto, y volvemos á entregarnos al juicio de hombres familiarizados con las lenguas, á pesar de lo poco que vulgarmente se repara, hay mas palabras imitativas de lo que se cree sobre esos puntos que cita la *Revue*. En la palabra *odio* ¿no vemos el ceño del odioso? ¿En *amar, amor*, no vemos la expansión y la exaltación del ánimo, retratada por la apertura y fuerte cierre del órgano vocal como por el acto de extensión de los brazos y estrechamiento de la persona amiga? Las palabras *alegrías, delicias* ¿no forman un canto verdadero del que canta de contento? ¿Los *temores*, el *temblor tremere* no presentan el desigmo de imitar los efectos del miedo? ¿Y cuántas otras mas pudiéramos citar relativas á la expresión de las ideas que cree ya ver la *Revue* en esa antigua nación? Y sin embargo, ¿dice este periódico, que percibiremos nettement con toda claridad, la fisonomía de ese pueblo! ¿Con que hasta sabremos la naturaleza de sus impresiones, sabremos su idiosincrasia! ¿Si era bilioso! ¿Si nervioso!... ¡El fósil cubrirá su piel, y le veremos en lontananza, sí, pero bien plantado, *debut*, al través de los siglos! ¿Qué vision!

No se crea que una chanza poco grave nos haya traído á concluir por estas exclamaciones. Con las ideas indicadas solo queremos dar á entender lo peligroso que debe ser para el autor y para el articulista de la *Revue*, una exaltación fantástica que les persuada haber dado con la clave de la lengua y la nación, y la civilización primitiva. Estamos persuadidos de que el celo y el saber de M. Pictet va á producir algo de bueno, tal vez lo que menos piensa. Los documentos mas trascendentales salieron impensadamente de trabajos que no tendian á ellos. Galvani no pensaba en producir á *Volta, Buffon y Humboldt, Leibnitz y Balbi*... la ciencia brota de la ciencia por elucubraciones misteriosas. M. Pictet hará sin duda algun grande servicio, porque Dios no consiente que sean vanos los esfuerzos nobles del amor á la ciencia; pero lo que es esa ciencia y ese pueblo primitivo ni basta un autor para resucitarlo, ni un plan, ni un ramo de la ciencia, ni bastan las indagaciones hechas, ni por consiguiente lo verá nuestra generación, pudiendo darnos por satisfechos si atesoramos lo que corresponde para conducir á que lo vean los terceros nietos de la generación que estamos educando, y á la cual entregaremos mejorada la preciosa herencia científica de los siglos.

Expresamos pues el simple deseo de la presunción que en nuestro pobre alcance creemos necesaria. Antes

de arrobarse con un ¡lo encontré! como Arquímedes, tenemos por muy sensato dejar enfriar el entusiasmo, tirar de las riendas á la fantasía y apurar las pruebas y contrapruebas de la ciencia. Y aun despues de adelantado cuanto se pueda en el estudio de las etimologías siempre ocasionado á ilusiones, y aun despues de trabada la armazon de la lengua, fuerza es buscar en la arqueología la confirmacion de los resultados. Creemos, en fin, que debe tenerse muy en cuenta que aun de los pueblos conocidos ya en la antigüedad, á pesar de las riquezas literarias que acerca de ellos poseemos, todavía hay dudas, dudas y mas dudas, sobre los puntos mas importantes, cual es, por ejemplo, su religion; si fué ó no el monoteísmo, si el politeísmo era ó no una personificación ó una alegoría de los atributos divinos, si en fin, la misma palabra *Dios*, por contraernos al asunto, si esa palabra, que por otra parte expresa la idea mas generalizada en todas las naciones, viene ó no viene de esta ó de la otra radical. Si por ello se nos tacha y si por nuestra insignificancia se nos desdeña, no por eso dejarán de valer nuestras razones, que los resultados y el tiempo se encargarán de confirmar. ¡Ojalá, sin embargo, no fuese así! ¡Ojalá que veamos ese triunfo de la ciencia que sobradamente nos recompensaría de la confusion que nos causara nuestro error!

P. CASAL.

**Boletín científico**

**Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.**

ARQUEOLOGIA: — *Antigüedades de Tarragona.* «Continúa en Tarragona el descubrimiento de preciosas antigüedades. No hace muchos dias que en los cimientos de la casa que está levantando en el puerto don Salvador Soler, se encontró una hermosa basa de una columna, al parecer corintia, perfectamente conservada, de mármol blanco estatuario. El señor Soler mandó desde luego avisar al señor inspector de antigüedades, á quien hizo generosa entrega de este precioso modelo de arquitectura, para que en su nombre lo regalase al Museo, adonde fué conducida y depositada.

Segun el señor Hernandez, esta base es *ática ó aticurga*, y su trabajo indudablemente griego; hé aquí sus dimensiones: plinto, altura 10 centim.; toro ó cordon inferior 53 milim.; filete 1 centim.; escocia 4 centim.; segundo filete 1 centim., y bocel ó toro superior 4 centim. El diámetro del toro inferior, igual al cuadrado del plinto, es de 68 centim., y el del toro superior de 57 centim., debiendo observarse la singular circunstancia que este bocel ó toro tiene el mismo diámetro que el filete superior, separando á ambos una profunda canal de 7 milim. de ancho, por lo que su forma difiere de las bases áticas conocidas de los templos de Antonio, de Vesta, de Nerón y otras del mismo gusto en Roma, en las que el toro superior tiene constantemente mayor proyectura que el filete; no obstante esto, que debia parecer un defecto, le da por el contrario mayor gracia.

Existiendo en lo antiguo en las inmediaciones del punto donde se construye la casa del señor Soler, el templo de Neptuno, da motivo á presumir si esta basa podia pertenecerle. Casi al mismo tiempo que tenia lugar este descubrimiento, se verificaba otro en una profunda excavacion que hubo de practicarse en el huerto de este seminario tridentino, en la que se halló el extremo inferior de una lápida romana, de mármol del pais, con parte de una inscripcion que dice:

.....A...NIE....  
 NN.XXVII.HIC....  
 FVIT.INIMICV....  
 CAECILIA.MIHI.KARISS....

Inútiles fueron, dice el *Diario mercantil*, las mas vivas diligencias para encontrar los demás fragmentos á fin de completar la inscripcion, y es sensible, supuesto que no es fácil comprender el *Fuit inimicu* y el *Mihi* en el lugar donde están colocados. El digno señor director del seminario don Julian de Soto lo ofició al señor Hernandez, y fué igualmente depositada en el museo arqueológico.»

«El cura párroco de Barbate, aldea de 83 vecinos en la provincia de Cádiz, partido de Veger de la Frontera, á orillas del mar y embocadura del estrecho de Gibraltar, ha descubierto, en el periodo de año y medio, sobre 1,000 sepulcros, la mayor parte ferrados de piedras labradas, y abovedados, otros cubiertos de grandes losas de mármol, y otros de ladrillos de dimensiones colosales, infinidad de ánforas de barro, concluyendo todas en figura piramidal, y conteniendo cada una el esqueleto de un niño; siendo lo mas notable que la circunferencia de las bocas tienen por lo regular sobre cinco pulgadas, y las calaveras halladas dentro son mucho mayores.

Estos sepulcros deben datar del tiempo de los fenicios: en ellos y fuera de ellos se han hallado monedas de Hércules, de Gerion, de Túbal, de Rómulo y Remo, de Constantino, de Tiberio y otras muchas de varias épocas. Debíó ser una inmensa poblacion, pues el perímetro de sus ruinas coge 10 kilómetros aproximadamente, formando su fortificacion militar la figura de un anfiteatro, concluyendo en un castillo casi dentro del mar, cuyos formidables torreones desafian las embravecidas olas del furioso elemento: dicho monumento de la antigüedad se llama el castillo de Santiago, cuna de la esclavitud de los caballeros del mismo nombre, por ser este recinto órden de los caballeros, y en donde desembarcó el que se dice edificó Hércules, y en donde desembarcó el santo patron, según aseguran algunos historiadores. Hoy amenazan desplomarse los dos torreones que aun quedan de su antigua opulencia.

Entre los fragmentos de esta poblacion háanse encontrado ricos mármoles, jaspes, mosaicos, estatuas, ídolos, tumbagas de oro y de metales, pendientes, puños de dagas, de armas, restos de armaduras, columnas, edificios suntuosos á una inmensa profundidad, llamando la atencion, que en todas partes

se hallan restos humanos, siendo el mas notable uno, cuyo esqueleto tenia dos varas y media. — Otro de los descubrimientos curiosos es sin disputa las ruinas de un templo que levantó Hércules, segun se dice, á la diosa Juno, hoy llamado las *Piedras del tio Gregorio*: todavía se distinguen en débiles restos efígies y columnas.

A muy corta distancia hállase tambien el sepulcro del rey Gerion, muerto en la batalla que le presentó el rey Osiris en estos campos tartesinos, año 1716 antes de Jesucristo; y unidos á este, otros tres de sus hijos los tres reyes geriones, muertos por Hércules al frente de ambos ejércitos, en reto particular: todos estos sepulcros están labrados en piedra viva, en una punta que entra en el mar. Convienen estas noticias con las que en la *Historia de España* da el padre Mariana, habiéndose hallado monedas de la reina y diosa Isis, madre de Osiris, con las espigas en la mano, siendo este, segun parece, el primero en España que sembró el trigo. En unas armas que existen encima de la puerta de la iglesia, hay un rótulo que dice: «Los leones damos gritos que se unen los hidalgos al Solar de Garabitos.» Dicha iglesia fué fundada por Don Enrique IV, duque de Medina Sidonia, año 1500, en conmemoracion de san Paulino, cuyo cuerpo se halló en una cueva, habiendo venido á predicar la fe á aquellas playas, siglo IV.»

Esa *nerópolis* de 1,000 sepulcros es sin duda un objeto curioso, y digno por demás de llamar la atencion de los anticuarios. Parece que el señor marqués de Corvera, nuestro ilustrado ministro de Fomento, piensa hacer una expedicion científica al estrecho de Gibraltar, con objeto de examinar estas famosas ruinas y ver cómo se adoptan las medidas conducentes para la pronta restauracion del castillo de Santiago, ó sea muelle del mismo nombre, puesto que en él desembarcó el santo patron. Tambien se trata de fijar en los tartesios ó tartesinos campos el verdadero palenque donde Hércules, que militaba á las órdenes del rey Osiris, retó á singular combate, venció y dió muerte á los tres hijos del rey Gerion. Mucho debe esperarse de tan serias indagaciones.

— EL CARBON DE PIEDRA EN ESPAÑA: — La cuestion del carbon de piedra es una cuestion capital para el fomento de nuestra marina y para la existencia de la fabricacion española y de los caminos de hierro en nuestra patria. Datos exactísimos prueban qué riqueza mineral de esta clase cuenta la España en su suelo.

Asturias cuenta 20 leguas cuadradas de terreno carbonífero que contiene 4,000 millones de toneladas de hulla; ad emás tiene otras 20 de terreno menos rico que contiene 100 millones de toneladas.

Burgos y Soria poseen 40 leguas cuadradas, con 100 millones de toneladas de carbon reconocido.

Leon y Palencia 10 leguas cuadradas, conteniendo 590 millones de toneladas de carbon.

Teruel cuatro y media leguas cuadradas, con 230 millones de toneladas.

Gerona una legua cuadrada, con mas de 23 millones de toneladas.

Cuenca una legua cuadrada, con 20 millones de toneladas. Belmez y Espiel cuatro leguas cuadradas, con 200 millones de toneladas.

Y Villanueva del Rio una legua cuadrada, con 21 millones de toneladas de carbon reconocido.

Resumiendo, tenemos que por ahora hay 120 leguas cuadradas de terreno carbonífero, que contiene la enorme cantidad de 2,293 millones de toneladas de hulla reconocida, y calculando su precio á razon de 7 francos 50 céntimos al pié de la mina, el valor total asciende á la espantosa cantidad de 17,197 millones de francos.

Comparados nuestros carbones con los de Inglaterra dan un 66 por 100 de cok, cuando aquel da 70; pero en cambio el de Bélgica y Alemania solo ofrece un 59, y puede darse á 7 francos 75 cént. por tonelada al pié de la mina, cuando el carbon inglés cuesta á 8 fr. 50 c.

Resulta pues, que nuestro carbon es de tan buena calidad como el de Bélgica, de mejor calidad que el de Prusia, y si bien produce un 4 por 100 menos de cok que el inglés, tambien da 1/2 por 100 menos de ceniza, y sobre todo tiene la recomendable circunstancia de que la explotacion, por punto general, es mas fácil, como quiera que puede hacerse por medio de galerias transversales cortando las capas ó criaderos del carbon que contienen las montañas, sin tenerse que valer de los pozos de extraccion; así que, conforme lo manifiestan los anteriores datos, ocupa España el primer lugar con respecto á la explotacion de sus cuencas carboníferas, pudiendo aun ahora vender el carbon al pié de la mina á mas bajo precio que los demás paises.

Se ve por los anteriores datos, que España tiene las mas ricas cuencas carboníferas, pero que ese inmenso tesoro apenas es explotado, porque la falta de comunicaciones eleva en los puntos de consumo el precio de la hulla, hasta el punto de hacer casi imposible la competencia con el mineral extranjero.

Así es, que el carbon que en las minas, como acabamos de manifestar, es mas barato que el inglés, el de Prusia y aun el de Bélgica, tiene que venderse á precios relativamente mas caros, y aun en Valladolid, en donde el trasporte es mas fácil y económico, todavía alcanza el precio de fr. 65,16 y 48,87.

De lo que llevamos dicho se desprende, cuánto sea el interés y la necesidad que tiene el pais de que á la mayor brevedad posible queden concluidas las vias férreas generales, y se dé comienzo á los trabajos de las otras vias proyectadas, á fin de que el pais posea una vasta red de caminos de hierro que faciliten con baratura y rapidez el transporte.

La cuestion es una de las mas importantes que puede discutir la prensa y la tribuna de España.

— NUEVO ESFIGMOGRAFO: — El señor Marey ha inventado un nuevo esfigmógrafo que sirve para obtener de un modo persistente figuras relacionadas con el movimiento del pulso. Aplicado este instrumento al rededor de la muñeca, se hace

corresponder á la arteria radial una pieza movable, sostenida por un resorte, y que termina exteriormente por una aguja, destinada á trazar impresiones correspondientes á las pulsaciones de la arteria, en un cristal aluminado y uniformemente movido por un mecanismo de relojería. De esta manera se pueden medir con la vista y con todo el detenimiento que sea necesario para la mayor exactitud, las modificaciones mas fugaces de la funcion circulatoria.

— DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE: — M. Flourens ha dado cuenta á la Academia de ciencias de Paris en la penúltima sesion, de un descubrimiento que será recibido con admiracion universal. Descubrió el hecho curiosísimo de teñirse los huesos de un feto en el seno de la madre, en cuyo régimen alimenticio se habia introducido la rubia. Casi olvidados estaban ya los experimentos de Duhamel, cuando un siglo despues M. Flourens, que los habia repetido, enseñó esqueletos de pichones teñidos en pocos dias, añadiendo á los alimentos pequeñas cantidades de rubia ó de alizarina.

Pero hasta entonces el animal, cuyos huesos estaban rojos, habia tomado el mismo la materia colorante; esta se habia introducido directamente en su propia sangre, y de aquí se transmitió á los huesos. En la nueva serie de experimentos ha sucedido lo contrario; la rubia añadida á la comida de la madre, habia pasado de su sangre á la del feto hasta llegar á colorar los huesos de este último. Se ha descubierto y demostrado por consiguiente el hecho ignorado hasta el dia, de que existe una comunicacion entre la sangre de la madre y la del feto. Los huesos teñidos que presentó M. Flourens llamaron extraordinariamente la atencion de los académicos.

— ANATOMIA TROPICA ILUSTRADA: — El célebre cirujano de San Petersburgo, M. Pirogoff, acaba de publicar una obra magnífica titulada: «Anatomía trópica ilustrada por secciones hechas en tres direcciones en los cuerpos congelados.» M. Pirogoff ha tenido la ingeniosa idea de exponer los cadáveres que trataba de estudiar, á una temperatura de 8 grados bajo cero durante tres dias. Por este procedimiento adquieren los cadáveres la consistencia de la madera; los órganos descubiertos no cambian de lugar, y se presentan al observador en su estado real, porque la dilatacion del agua contenida en las partes carnosas equilibra la contraccion de los músculos ó de los nervios.

El cuerpo congelado se corta con la sierra en secciones perfectamente lisas, que se pueden obtener hasta de un milímetro de espesor, y para obtener sobre el papel las secciones y los cortes producidos, se pasa una esponja mojada en agua caliente sobre la superficie congelada, á fin de deshelarla suavemente; de este modo se forma pronto una capa de hielo trasparente sobre la cual se aplica un cristal dividido por líneas que se corten en cuadrados. El órgano se ve á través de estas superficies transparentes, y se puede calcar sobre papel con la mayor exactitud. Gracias á estos procedimientos y á otros que omitimos, M. Pirogoff ha hecho grandes trabajos consignados en su obra, á la que acompaña una hermosa coleccion de láminas representando todas las partes del cuerpo humano.

**Representacion**

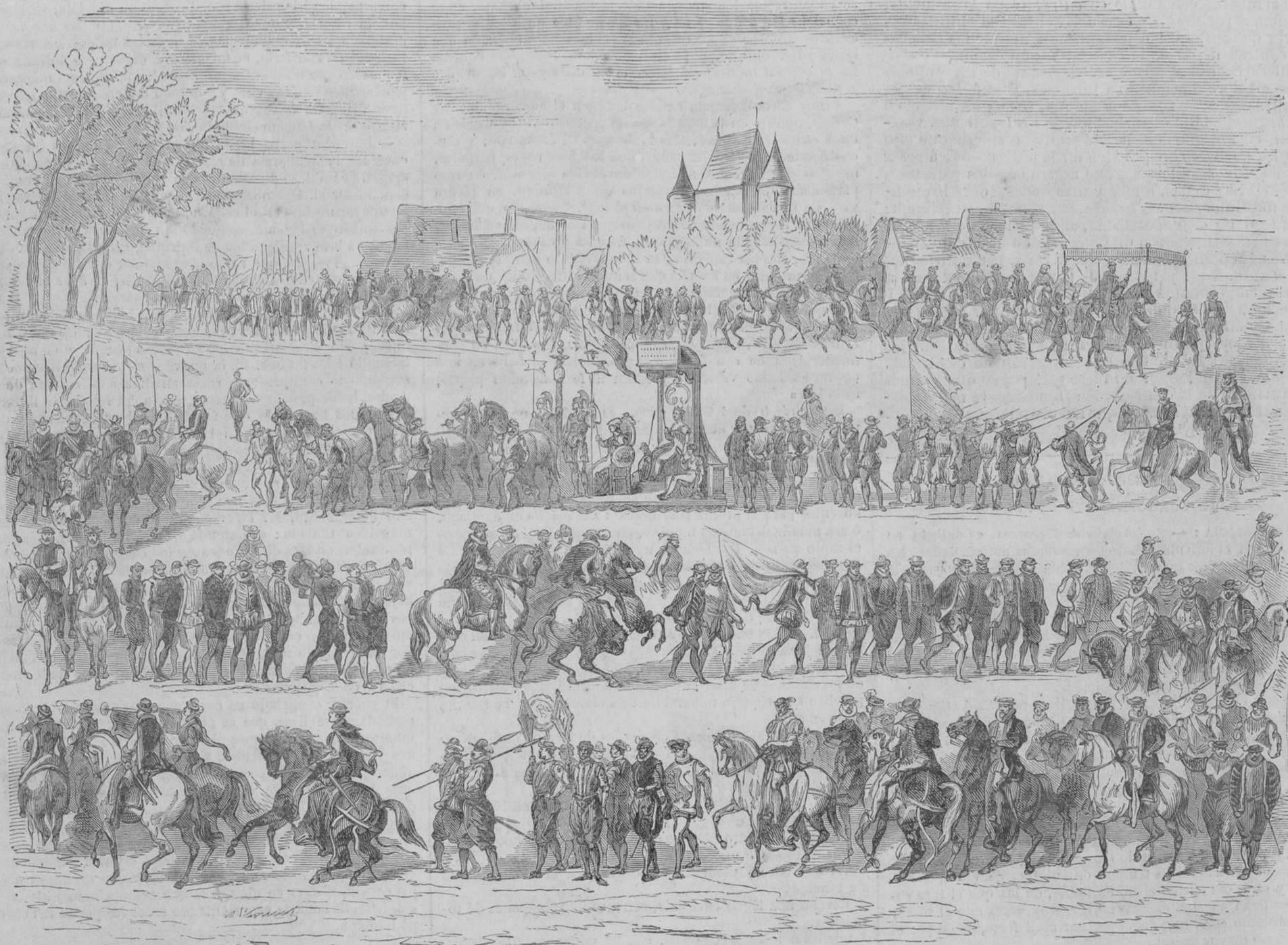
DE LA ENTRADA DE FRANCISCO DE ANJOU EN AMBERES, EJECUTADA POR LOS ESTUDIANTES DE LEYDE EN CONMEMORACION DEL 285º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA ACADEMIA.

La Holanda tiene tres grandes centros intelectuales, Leyde, Utrech y Groninga, y hay dos ateneos, uno en Amsterdam y otro en Deventer. La fundacion de la universidad de Leyde está ligada con un recuerdo heróico. En 1573 los españoles mandados por Valdés, pusieron cerco á Leyde. Los habitantes, á cuya cabeza estaba su burgomaestre, Juan Van der Does, juraron morir antes que rendirse, y á pesar del hambre y las enfermedades cumplieron su juramento. Los españoles se retiraron, y el Taciturno, al hacer su entrada en la ciudad libertada, preguntó á los habitantes de Leyde qué recompensa de su brillante conducta les parecia preferible: la exencion de ciertos impuestos ó la fundacion de una universidad. Sin vacilar optaron por la universidad, y la experiencia probó que sus intereses no estaban encontrados con la nobleza de su deseo.

En 1578 una procesion que era bíblica y pagara atravesaba la ciudad para instalar la nueva universidad en el sitio que acababan de señalar. Una mujer vestida de blanco, símbolo de la sagrada Escritura, iba en un carro escoltado por los cuatro Evangelistas. La Justicia con la espada y la balanza, y la Medicina con un libro seguian el carro. Estas dos divinidades marchaban acompañadas de Galeno, Hipócrates, Dioscórides y Teofrasto. Luego llegaba Minerva con la lanza en la mano y en el brazo izquierdo el escudo con la indispensable cabeza de Medusa; á sus lados iban Platon, Aristóteles, Virgilio y Ciceron. Detrás del cortejo alegórico marchaban los profesores.

Al acercarse á la Academia encontraron un buque, recuerdo del sitio, en el que estaban Apolo y las Musas tocando y cantando. A proa se alzaba Neptuno, salvador de la ciudad.

A medida que iban llegando los profesores, eran felicitados en latin. Por fin entraron solemnemente en el edificio de la universidad, donde el profesor de teología hizo su primera leccion con acompañamiento de música. Esta procesion y esas pompas caballerescas se han conservado y se repiten cada cinco años. Los estudiantes de Leyde han heredado de sus abuelos la aficion á los disfraces históricos. Hace cinco años asistí en la misma ciudad de Leyde á una entrada de Carlos Quinto, que fué una fiesta solemne. El lector puede observar en nuestra lámina que este año no se ha descuidado ningun detalle en la representacion de la entrada de Fran-



ENTRADA DE FRANCISCO DUQUE DE ANJOU EN AMBERES : REPRESENTACION HISTÓRICA EJECUTADA POR LOS ESTUDIANTES DE LEYDE EN 1860.

cisco, duque de Anjou, de Alençon y de Berry, con motivo de su investidura de duque de Brabante y de margrave y de Amberes. Todo era de la mas escrupulosa exactitud histórica, y el espectáculo era soberbio. La enumeración de todos los personajes que formaban parte del cortejo sería demasiado larga, y la vista del dibujo compensará la descripción escrita.

La universidad de Leyde fué famosa desde su principio: al cabo de pocos años, Leyde conquistó el nombre merecido de Atenas del Norte, nombre que la ha sido disputado despues por Berlin, Munich y Weimar. Puede llamarse gloriosa en efecto una universidad que ha contado en el número de sus profesores hombres como Justo-Lipse, Pablo Merula, Scaliger, Salmasius, Marnix

de Santa Aldegonda, Vossius, Albinus, Boerhaave y otros muchos, cuyos venerables retratos se ven en uno de sus salones.

E. T.

#### Sport de la Cármen en Marsella.

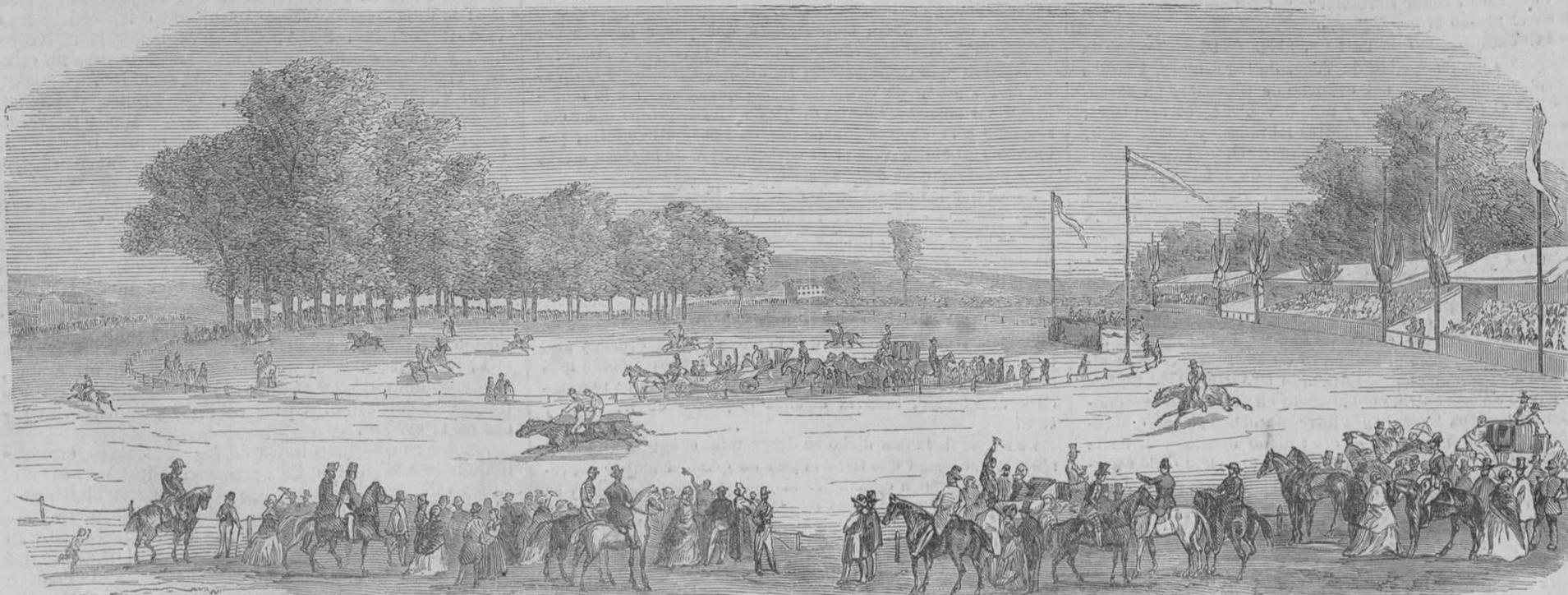
Puede decirse ya que las carreras de caballos constituyen un espectáculo aclimatado en Marsella. Hace mucho tiempo se habia comprendido que una ciudad importante, rica y comercial como Marsella, no podia estar privada de un hipódromo; en 1858 se agitó vivamente la cuestion, y al fin hubo de decidirse en un sentido favorable al deseo general: Marsella encierra un

crecido número de jóvenes que disfrutan de una buena fortuna, y que son aficionados á caballos.

El terreno muy bueno y muy hermoso deja sin embargo algo que desear en cuanto á la extension, y es urgente ensancharlo. Un trayecto de 1,200 metros no basta. Por lo demas, se asegura que no existe ningun obstáculo para su ensanche, y que á partir del año próximo la pista circular tendrá 1,800 metros.

Ha habido dos dias de carreras, y habrá otros dos en agosto y en setiembre. Los caballos que han ganado los premios en las dos primeras son: *Tippler*, del vizconde de Namur; *Stella*, de M. Sablon de la Salle; *Trembleur*, del conde de Conchy; *Nul*, del vizconde A. Talon, y *Gracieuse*, de M. de Montesquiou.

P. P.



SPORT DE LA CARMEN EN MARSELLA. — PRIMER DIA DE CARRERAS 24 DE JUNIO DE 1860.